

James Rhodes Montague



JAMES RHODES MONTAGUE

EL CONDE MAGNUS Y OTROS RELATOS

Montague rhodes james

El conde magnus y otros relatos



Montague Rhodes James

Nació el 1 de agosto de 1862 en Dover, Reino Unido. Fue un anticuario, lingüista, medievalista y escritor de relatos de terror, principalmente de fantasmas.

Fue director del colegio del Eton College y decano del King's College de la Universidad de Cambridge. Se interesó en la investigación de documentos antiguos, la arqueología, la paleografía y la filología; asimismo, la literatura fue una de sus aficiones. De todas sus producciones, es reconocido por la creación de relatos de fantasmas, los cuales fueron publicados en diversas revistas y recopiladas en cinco antologías: *Ghost stories of an Antiquary* (1904), *More Ghost Stories of an Antiquary* (1911), *A Thin Ghost and Others* (1919), *A Warning to the Curious and Other Ghost Stories* (1925) y *The Collected Ghost Stories of M.R. James* (1931). Además, en 1922, publicó *The Five Jars*, novela de fantasía sobrenatural para niños.

Fallece el 12 de junio de 1936 en Eton, Reino Unido.

El conde Magnus y otros relatos
Montague Rhodes James

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

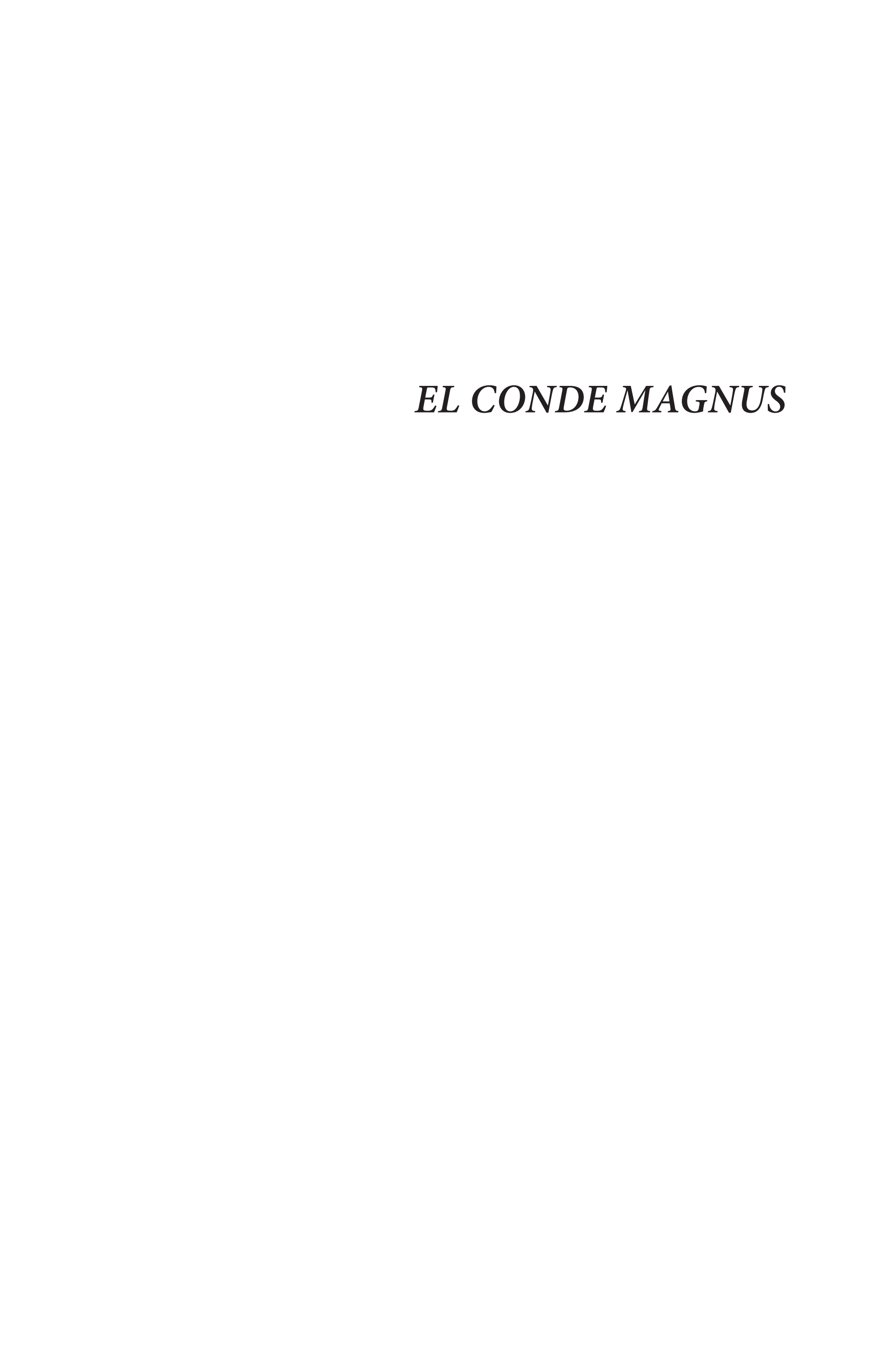
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL CONDE MAGNUS

Solo al final de estas páginas revelaré al lector la forma en que estos papeles —a partir de los cuales pude elaborar un relato coherente— llegaron a mis manos. Pero necesariamente he de anticipar, antes de referirme a su contenido, ciertos detalles sobre su configuración y propósito.

Constituyen, en su mayor parte, una serie de apuntes para un libro de viajes, es decir, para uno de esos volúmenes que tanta popularidad alcanzaron durante las décadas del cuarenta y el cincuenta. El Diario de un viaje por Jutlandia y las Islas Danesas de Horace Marryat ejemplifican a la perfección los especímenes a los que aludo. Solían describir zonas poco conocidas del continente europeo, y los ilustraban grabados en madera o cobre. Informaban sobre los distintos hoteles, los medios de comunicación, en fin, todo cuanto hoy puede hallarse en cualquier buena guía turística, con el añadido de extensas conversaciones con extranjeros inteligentes, taberneros ingeniosos y locuaces campesinos. En resumen, se parecían bastante a una recopilación de chismes.

Iniciados con la intención de recoger material para un libro de este tipo, mis papeles se transformaron, poco a

poco, en el relato de una extraña experiencia personal, y tal relato se prolonga casi hasta los umbrales de la culminación de esa experiencia.

Su autor es un tal Mr. Wraxall. Solo sé de él lo que pude inferir de sus escritos: parece haber sido un hombre de cierta edad, que gozaba de algunos recursos económicos y estaba totalmente solo en el mundo. Carecía, al parecer, de residencia estable en Inglaterra, pues solía albergarse en hoteles y pensiones. Quizá proyectara instalarse algún día en forma definitiva, sin que jamás pudiera concretar tal propósito, y no es imposible que el incendio del Pantechnicon, a comienzos de 1870, haya destruido muchos elementos capaces de proporcionar mayor información sobre su persona, pues una o dos veces menciona objetos de su propiedad depositados en dicha institución.

Mr. Wraxall, por lo demás, parece haber publicado un libro en el que relataba las vacaciones que una vez pasó en Bretaña. No puedo suministrar mayores noticias sobre esa obra, pues una búsqueda bibliográfica tan diligente como infructuosa me convenció de que debe tratarse de una publicación que apareció anónimamente o con seudónimo.

En cuanto a su personalidad, no resulta difícil inferir, al menos superficialmente, características distintivas. Ha de haber sido un hombre culto e inteligente. Estuvo a punto, al parecer, de ejercer en Oxford, en el Brasenose College, según puedo juzgar por el calendario de esa institución. Su principal defecto era, sin duda, la excesiva curiosidad, tal vez el mejor de los defectos en un viajero; por él, este viajero en particular pagó por cierto un precio demasiado caro.

Durante aquella expedición —la última que él emprendió—, planeaba un nuevo libro. Escandinavia, región poco conocida por los ingleses de hace cuarenta años, le pareció un campo interesante para sus propósitos. Seguramente, al hojear algunos viejos volúmenes de historia de Suecia, o de memorias, se le ocurrió la idea de redactar un libro de viajes sobre este país, en el que podría intercalar episodios relativos a las principales familias suecas. Se procuró entonces cartas de presentación para ciertas personas de prestigio en Suecia, hacia donde se embarcó a comienzos del verano de 1863.

Es innecesario detallar sus viajes por el norte y las pocas semanas que pasó en Estocolmo. Solo

mencionaré que cierto estudioso de esa ciudad le proporcionó información sobre una importante colección de documentos familiares, pertenecientes a los propietarios de una antigua residencia señorial, o herrgard, en Vestergothland, y le procuró un permiso para examinarlos.

Llamaré Rabäck (pronúnciese algo así como Roebeck) a la casa en cuestión, aunque no es este su verdadero nombre. Es uno de los más hermosos edificios de su género en todo el país, y ha sido conservado casi sin modificaciones por lo menos desde 1694, fecha en que aparece reproducido pictóricamente en la Suecia antigua y moderna de Dahlenberg. Fue erigido poco después de 1600, y sus características generales guardan estrecha semejanza con las de una casa inglesa del mismo período, no solo por el material utilizado —ladrillo rojo con revestimientos de piedra— sino también por el estilo arquitectónico. Lo hizo edificar un miembro de la gran casa de la Gardie, y aún está en poder de sus descendientes. Cada vez que deba mencionar a esa familia, lo haré con ese nombre.

Mr. Wraxall gozó de una recepción cálida y gentil, y aun recibió una invitación para residir en la casa

mientras duraran sus investigaciones. Sin embargo, dado que prefería ser independiente, y desconfiaba de su capacidad para entablar una conversación en sueco, prefirió alojarse en la posada de la aldea, cuya comodidad —al menos en los meses de verano— resultó inobjetable. En consecuencia, diariamente debía caminar algo menos de una milla para llegar a la casa. El edificio se alzaba en medio de un parque; lo protegían —lo encubrían, podríamos decir— árboles enormes y vetustos. Cerca de él podía encontrarse el jardín cercado por un muro, al que seguía un espeso bosque que bordeaba uno de los tantos lagos que abundan en la región. Se erguía luego el muro de la finca, y después de trepar por una escarpada pendiente (una loma rocosa apenas cubierta de tierra) se llegaba a la iglesia, rodeada de árboles altos y oscuros. Dicho edificio podía llamar la atención de un visitante inglés. La nave principal, así como las laterales, era baja, poblada de bancos y galerías; en la galería occidental se hallaba un órgano hermoso y antiguo, con tubos de plata, pintado con vivos colores. El cielorraso era plano y estaba ornado con un extraño y espantoso Juicio Final, ejecutado por algún artista del siglo XVII, pródigo en fuegos infernales, ciudades en ruinas, barcos en llamas, almas en pena y demonios oscuros y sonrientes. Pendían

del techo hermosas coronas de bronce; el pulpito parecía una casa de muñecas, y lo exornaban pequeños querubines y santos de madera pintada; había sujeto, en el atril del predicador, un facistol con tres clepsidras. Por lo que se ve, no difería mucho del común de las iglesias suecas, salvo en un detalle: en el extremo oriental de la nave norte, el dueño de la mansión había hecho elevar un mausoleo para él y para su familia. Era una amplia construcción octogonal, iluminada por ventanas ovales; coronaba su techo, en forma de cúpula, una suerte de calabaza que culminaba en una aguja, ornamento que, al parecer, mucho llegó a deleitar a los arquitectos suecos. El techo estaba recubierto por fuera de cobre y pintado de negro, mientras que los muros, al igual que los de la iglesia, eran impecablemente blancos. No se podía entrar a él desde la iglesia, sino que disponía de su propio portal y escalinata, sobre el lado norte.

Más allá del camposanto, se extiende el sendero que conduce a la aldea, y no se requieren más que tres o cuatro minutos para llegar a la puerta de la posada.

El día en que llegó a Rabäck, Mr. Wraxall halló abierta la puerta de la iglesia y apuntó los detalles de su interior

que acabo de resumir. No pudo, sin embargo, entrar al mausoleo. Solo pudo vislumbrar, a través del agujero de la cerradura, hermosas estatuas de mármol y sarcófagos de cobre, además de un profuso tesoro de adornos heráldicos; y esto, naturalmente, no hizo sino acrecentar su deseo de observarlo más de cerca.

Los documentos que habían ido a examinar en la morada señorial resultaron ser, precisamente, los que requería para la confección de su libro. Consistían en correspondencia familiar, diarios y libros de cuentas de los primitivos propietarios de la finca, preservados con esmero y escritos con gran claridad, pródigos en detalles tan pintorescos como divertidos. En ellos, el primer de la Gardie cobraba el aspecto de un hombre enérgico y capaz. A poco de construirse la mansión, el distrito había padecido un período de disturbios, los campesinos se habían amotinado y habían atacado varios castillos, causando diversos estragos. El dueño de Rabäck había desempeñado un importante papel en la represión de los desórdenes, y no faltaban alusiones a la ejecución de los cabecillas y a los implacables castigos.

El retrato de este Magnus de la Gardie era uno de los mejores de la casa, y Mr. Wraxall, concluida su jornada

de trabajo, se detuvo a examinarlo con no poco interés. Aunque no ofrece una descripción minuciosa, creo que el rostro lo impresionó antes por su vigor que por su belleza o dulzura; de hecho, escribe que el Conde Magnus era hombre de una fealdad casi inverosímil.

Aquel día, Mr. Wraxall cenó con la familia y regresó a su alojamiento a hora tardía, pero cuando aún había luz.

«Debo acordarme —anota— de pedirle al sacristán que me permita visitar el mausoleo de la iglesia. Es obvio que él puede entrar allí pues esta noche lo vi en lo alto de la escalinata y estaba, si no me equivoco, abriendo o cerrando la puerta».

En las primeras horas del día siguiente, Mr. Wraxall entabló una conversación con el dueño de la posada. Me asombró que registrara todos los pormenores, pero luego comprendí que los papeles que poseo eran —por lo menos al principio— apuntes para un futuro libro, es decir, para una de esas obras casi periodísticas que consienten la inclusión de charlas y entrevistas con personajes varios.

Explica que su propósito era comprobar si aún sobrevivía alguna leyenda tradicional sobre el Conde

Magnus de la Gardie en los sitios que habían servido de marco a su actuación, y además descubrir si la opinión popular le era o no favorable.

Descubrió que la figura del Conde no era, por cierto, recordada con afecto. Si los trabajadores de la tierra, durante los días de faena que, como Señor del Feudo, pertenecían al Conde, se demoraban en comparecer, los sometían al potro o bien los azotaban y marcaban con hierro candente en el patio del castillo. Hubo un par de casos de hombres que ocuparon ilegalmente tierras del feudo; una noche de invierno sus casas habían sido misteriosamente devoradas por el fuego, con toda la familia adentro. Pero lo que, al parecer, más impresionaba la imaginación del posadero —pues volvió sobre ese punto una y otra vez— era la participación del Conde en la Peregrinación Negra, de la que había retornado con algo o alguien.

El lector, al igual que Mr. Wraxall, se preguntará qué era la Peregrinación Negra. Y tal pregunta, al igual que la de Mr. Wraxall, quedará por ahora sin responder. Evidentemente, el posadero no deseaba brindarle una información exhaustiva —en realidad, ni siquiera una

mera información— y, cuando alguien lo llamó, se escurrió con mal disimulado alivio, para regresar poco después, asomarse fugazmente por la puerta y anunciar que lo requerían en Skara y no volvería hasta la noche.

Así, Mr. Wraxall se dirigió a su tarea en la mansión sin haber satisfecho su curiosidad, al punto atraída, sin embargo, por algo no menos interesante: la correspondencia entre Sophia Albertina, en Estocolmo, y su prima Ulrica Leonora, en Rabäck, que comprendía el período 1705-1710. Se dispuso a examinarla. Estas cartas eran de suma importancia para un estudio de la cultura sueca de esa época, según puede comprobarlo quien haya leído la edición completa, publicada por la Comisión Sueca de Manuscritos Históricos.

Esa tarde concluyó de leerlas y, luego de colocarlas en el correspondiente anaquel de la biblioteca, tomó varios volúmenes que habían a mano para escoger los que pudieran proporcionarle material para el trabajo del día siguiente. Ocupaban el anaquel, ante todo, libros de cuentas del primer Conde Magnus, escritos de su puño y letra. Pudo, sin embargo, hallar un libro diferente de los demás: una obra sobre alquimia y temas

afines, escrita por otra persona, pero también del siglo XVI. Por no estar muy familiarizado con la literatura alquímica, Mr. Wraxall dedica mucho espacio —de otro modo innecesario— a la trascripción de los títulos y aun frases iniciales de diversos tratados: El Libro del Fénix, El Libro de las Treinta Palabras, El Libro del Sapo, El Libro de Miriam, La Turba Philosophorum, y otros; luego anuncia, con mucha circunspección, por cierto, su propia y agradable sorpresa al descubrir, en una página originariamente en blanco, hacia la mitad del volumen, un escrito del mismo Conde Magnus, titulado Liber Nigrae Peregrinationis. Se trataba de unas pocas líneas, pero bastaba para demostrar que, aquella mañana, el posadero había aludido a una creencia que se remontaba, como mínimo, a los tiempos del Conde Magnus y que este, probablemente, había compartido. He aquí la traducción del texto manuscrito:

«Quien anhele la longevidad, quien anhele obtener un fiel mensajero y ver derramada la sangre de sus enemigos, debe ir primero a la ciudad de Corazín y allí saludar al príncipe...».

Seguía una palabra tachada, aunque no con tanto cuidado como para que Wraxall no pudiera interpretarla,

y con certeza casi absoluta, como aeris (del aire). Aquí se interrumpía el texto, con el solo agregado de una línea en latín: *Quaere reliquia huius materiei inter secretiora* (cuanto resta de esta materia, búscalo entre las cosas más secretas). Tal circunstancia, innegablemente, arrojaba una luz harto dudosa sobre los gustos y creencias del Conde; pero para Mr. Wraxall, separado de él por casi tres siglos, la idea de que este gentilhombre hubiera añadido, al vigor de su carácter, la alquimia, y a la alquimia algo semejante a la magia, solo servía para transformarlo en una figura aún más pintoresca. Durante largo rato, Mr. Wraxall contempló el retrato del Conde Magnus que había en el hall; aún pensaba en él cuando se dirigió a su alojamiento. Nada pudo distraerlo de este pensamiento, ni el nocturno aroma de los bosques, ni la luz del crepúsculo sobre el lago; y cuando súbitamente despertó de su ensueño, comprobó con asombro que se hallaba ante la puerta del camposanto y que ya faltaban pocos minutos para la hora de la cena. Su mirada se detuvo en el mausoleo.

—Conque ahí estás. Conde Magnus —suspiró—. Por cierto, mucho me gustaría conocerte.

«Como muchos solitarios —escribe— tengo el hábito de hablar solo y en voz alta; pero, a diferencia de ciertas partículas griegas y latinas, no exijo una respuesta. Por cierto (y tal vez, en esta oportunidad, por fortuna) no escuché ninguna voz ni nada parecido: solo un sonido metálico (la mujer que limpiaba la iglesia, creo, había dejado caer algún objeto) hizo eco a mis palabras. Supongo que el Conde Magnus ha de tener el sueño bastante pesado».

Esa misma noche, el posadero, enterado de que Mr. Wraxall deseaba conocer al clérigo —o diácono, como lo llaman en Suecia— de la parroquia, le presentó a este pastor. En el acto combinaron, para el día siguiente, una visita a la cripta de los de la Gardie y luego dialogaron brevemente sobre temas generales.

Mr. Wraxall recordó que una de las funciones de los diáconos escandinavos es preparar a quienes deben recibir la confirmación, y quiso aprovechar la oportunidad para refrescar su memoria sobre cierta cuestión bíblica.

—¿Puede usted —preguntó— decirme algo sobre Corazín?

El diácono pareció sorprendido, pero de inmediato le recordó el castigo que había padecido esa población.

—Es cierto —dijo Mr. Wraxall—. Y supongo que ahora está completamente en ruinas.

—Así lo espero —contestó el diácono—. Nuestros sacerdotes más ancianos solían comentar que allí nacería el Anticristo; y hay leyendas...

—¡Oh! ¿Qué leyendas? —interrumpió Mr. Wraxall.

—Leyendas, decía, que he olvidado —concluyó el diácono; y poco después se despidió.

Ahora el posadero estaba solo y a merced de Mr. Wraxall, es decir, de un inquisidor que sin duda no estaba dispuesto a absolverlo.

—Herr Nielsen —comenzó este—. Descubrí algo sobre la Peregrinación Negra. ¿Puede usted contarme lo que sabe? ¿Qué trajo consigo el Conde?

Tal vez los suecos sean normalmente lentos para contestar, tal vez el posadero era una excepción. No lo sé,

pero Mr. Wraxall consigna que su interlocutor se quedó mirándolo no menos de un minuto, sin decir palabra. Luego se acercó a su huésped y, no sin esfuerzo, le dijo:

—Mr. Wraxall, solo voy a contarle esto, esto y nada más; luego callaré definitivamente y de nada valdrán sus preguntas. En tiempos de mi abuelo (es decir, hace noventa y dos años) hubo dos hombres que dijeron: «El Conde ha muerto. Ya nada puede hacernos. Esta noche iremos a cazar en su bosque»; es ese bosque espeso que cubre la colina que hay detrás de Rabäck. Bien, quienes los escucharon les advirtieron: «No, no vayan; o seguramente descubrirán que quienes no deberían caminar, caminan; que quienes deberían descansar, deambulan». Los hombres rieron. No había guardias en el bosque, ya que a nadie se le ocurriría cazar allí. Los de la Gardie estaban ausentes. Los intrusos podrían actuar a su antojo. Esa noche, entonces, fueron al bosque. Mi abuelo se sentó aquí, en esta habitación. Era una de esas noches luminosas de verano y él podía, a través de la ventana abierta, ver el bosque y escuchar los rumores nocturnos. Se sentó aquí, pues, junto a dos o tres hombres; y todos se dispusieron a escuchar. Al principio no se oyó nada, pero de pronto creció un alarido (y usted bien sabe qué lejos

está el bosque) que solo podría proferir alguien a quien le arrancaran las entrañas del alma. Los que estaban en esta habitación no atinaron a hacer nada; el miedo les impidió moverse durante más de tres cuartos de hora. Luego escucharon algo más, esta vez a unas trescientas yardas de distancia: una estridente carcajada. Sin duda, no podía haber salido de la garganta de uno de esos dos hombres y, todos lo han asegurado, ni siquiera de una garganta humana. Después escucharon el sonido de una pesada puerta al cerrarse. Luego, en cuanto amaneció, fueron a buscar al sacerdote. Le dijeron: «Padre, póngase sus vestiduras y acompáñenos para enterrar a esos hombres: Anders Bjornsen y Hans Thorbjorn». Como usted verá, estaban seguros de que los dos habían muerto. Fueron al bosque; mi abuelo nunca pudo olvidarlo: solía decir que ellos mismos parecían muertos. Hasta el cura estaba pálido de terror. Les había dicho, cuando fueron a su casa: «Escuché un grito en la noche, luego escuché una carcajada. Si no consigo olvidarlos, jamás volveré a conciliar el sueño». Fueron al bosque y allí los encontraron. Hans Thorbjorn estaba apoyado contra un árbol, sus manos extendidas intentaban alejar algo... una y otra vez rechazaban algo que ya no estaba allí. Aún vivía. Lo llevaron a su casa en Nykjoping, donde expiró

antes del invierno; hasta entonces, sus manos jamás abandonaron su gesto de rechazo. También Anders Bjornsen estaba allí, pero muerto. Y le diré algo sobre esto hombre: había sido hermoso, pero su rostro había desaparecido; le habían succionado la carne hasta dejarle los huesos al descubierto. ¿Me entiende? Mi abuelo no pudo olvidarlo. Lo alzaron en andas y le taparon la cabeza con un paño. El sacerdote marchaba adelante, mientras el resto intentaba entonar el salmo de los muertos. Terminaban el primer versículo cuando uno de ellos tropezó. Todos se volvieron, y comprobaron que el paño se había caído y que los ojos de Anders Bjornsen miraban hacia lo alto, sin párpados que los cubrieran. Era más de lo que podían soportar. Por lo tanto, el sacerdote volvió a taparlo con el paño, mandó a buscar una pala y allí mismo lo sepultaron.

Mr. Wraxall anota que, al día siguiente, el diácono pasó a buscarlo luego del desayuno y le mostró la iglesia y el mausoleo. Observó que la llave de este colgaba junto al pulpito, y pensó que, ya que la puerta de la iglesia siempre estaba abierta, no le sería difícil hacer una segunda visita, esta vez a solas, a los sepulcros del mausoleo, si lo juzgaba necesario. Al entrar, advirtió que el edificio no carecía de

majestuosidad. Los sepulcros —en su mayor parte graves construcciones de los siglos XVII y XVIII— combinaban lo ostentoso con lo solemne, y abundaban en epitafios y blasones. Tres sarcófagos de cobre, enriquecidos por grabados de gran delicadeza, ocupaban el espacio central, bajo la cúpula. Pesados crucifijos de metal adornaban, según se estila en Suecia y Dinamarca, la tapa de dos de ellos, pero el tercero, al parecer el del Conde Magnus, era diferente: una efigie de tamaño natural reemplazaba a los crucifijos, diversos grabados guarnecían el ataúd. Uno de ellos representaba una batalla, donde no faltaban un cañón humeante, ciudades amuralladas y tropas de piqueros. Otro mostraba una ejecución; se veía en el siguiente un hombre que corría entre los árboles a gran velocidad, con el cabello al viento y los brazos extendidos, perseguido por una forma tan extraña que costaba decidir si el artista había intentado representar a un hombre sin conseguir su propósito, o si lo había dotado de un aspecto tan monstruoso con toda deliberación. Más verosímil, a juzgar por la habilidad de los otros grabados, era la segunda hipótesis. La figura era extraordinariamente pequeña; su capucha y sus largos ropajes la cubrían casi por completo: solo dejaban al descubierto uno de sus miembros, y este distaba de parecerse al brazo o la

mano de un hombre. Mr. Wraxall lo compara con el tentáculo de un pulpo, y luego reflexiona: «Al observar este grabado, me dije: "Sin duda, se trata de una alegoría, un demonio que persigue a su presa, y acaso sea el origen de la leyenda que habla del Conde Magnus y su extraño compañero. Veamos ahora quién dirige la caza; será un demonio, seguro, quien hace sonar el cuerno"». Pero no descubrió Mr. Wraxall a tan notable personaje sino a un hombre que, envuelto en una capa, apoyado en un bastón, observaba la caza desde una loma, con un interés que el artista había intentado expresar en su actitud.

Mr. Wraxall examinó los tres candados de acero, obra de solidez y delicadeza, que aseguraban el sarcófago. Uno de ellos se había desprendido y yacía en el suelo. Luego, como no quería entretener más al diácono ni demorar por más tiempo su propio trabajo, se dirigió hacia la mansión.

«Es curioso —escribe— cómo al recorrer un sendero familiar, podemos sumergirnos en nuestros propios pensamientos hasta olvidar todo cuanto nos rodea. Esta noche, y por segunda vez (había planeado una visita al mausoleo para copiar los epitafios) me hallé de pronto

frente a la puerta del camposanto, sin saber (tal como la vez anterior) cómo había llegado hasta allí. Creo recordar además que cantaba, casi a manera de letanía, algo parecido a esto: "¿Estás despierto, Conde Magnus? ¿Duermes, Conde Magnus?", y otras frases que no pude conservar en mi memoria. Tuve la impresión de que había observado ese absurdo comportamiento durante un buen rato».

Encontró la llave del mausoleo donde esperaba y luego copió la mayor parte de los epitafios; en efecto, permaneció allí hasta que comenzó a faltarle la luz.

«Debo haberme equivocado —escribe— al creer que solo uno de los candados del sarcófago del Conde estaba desprendido; en realidad, según pude comprobar esta noche, hay dos en el suelo. Los recogí y los puse cuidadosamente en el borde de la ventana, luego de haber tratado en vano de cerrarlos. El restante aún parece seguro y, aunque creo que se cierra a resorte, no acierto a imaginar cómo se hace para abrirlo. Me temo que, de haber podido forzarlo, no habría resistido la tentación de destapar el sarcófago. Es extraña, por cierto, la atracción que en mí ejerce la personalidad de ese antiguo

gentilhombre, la cual, me temo, no carece de elementos sombríos y aun feroces».

Al día siguiente Mr. Wraxall abandonó Rabäck. Había recibido ciertas cartas referentes a sus negocios que lo urgían a regresar a Inglaterra; su tarea estaba casi concluida y el viaje le llevaría tiempo, así que decidió despedirse, dar un último retoque a sus apuntes y partir.

Esos últimos retoques y esas despedidas le llevaron más tiempo del que había supuesto. La familia cordialmente insistió en que la acompañara a comer —lo hacían a las tres— y ya eran más de las seis y media cuando Wraxall dejó atrás los portones de hierro de Rabäck. Recorrió con lentitud el camino que bordeaba el lago, resuelto —ya que esta era su última oportunidad— a dejarse penetrar por las sensaciones que transmitían el lugar y la hora. Cuando llegó a lo alto de la colina del camposanto, se detuvo allí durante unos minutos para admirar la vastedad de los bosques que circundaban la región, densos y sombríos bajo un cielo glauco. Cuando al fin se decidía a marcharse, pensó de pronto que también el Conde Magnus merecía una visita de despedida al igual que los otros de la Gardie. La iglesia estaba apenas a unos

treinta pasos y ya conocía el lugar donde guardaban la llave del mausoleo. Poco después, Mr. Wraxall se hallaba frente al gran féretro de cobre, y como de costumbre, hablando solo.

—Pues bien, Magnus —decía—, no fuiste precisamente un dechado de virtudes, pero tal vez por eso mismo me gustaría verte, o más bien...

«Justo en ese momento —escribe— sentí un golpe en el pie. Me apresuré a retirarlo y algo cayó al suelo. Era el tercero, el último de los candados del sarcófago. Me incliné para recogerlo (Dios es testigo de que transcribo solo la verdad) y, antes de que pudiera incorporarme, chirriaron unos goznes y vi con toda claridad que se abría la tapa del féretro. Tal vez me comporté como un cobarde, pero en ese momento nada hubiera sido capaz de detenerme. Salí de ese horrible edificio en menos de lo que tardo en escribir, quizá de lo que tardaría en pronunciar, estas palabras; y lo que me aterroriza aún más es que ni siquiera atiné a cerrar la puerta con llave. Ahora, mientras escribo en mi habitación (todo esto sucedió hace menos de veinte minutos), me pregunto si ese chirrido metálico continuó, pero no soy capaz de

responder. Solo sé que sucedió algo más, algo que ni siquiera me atrevo a escribir, algo que ni siquiera sé si vi o escuché. ¿Qué es lo que hice?».

El pobre Mr. Wraxall partió al día siguiente, tal como lo había planeado, y llegó a Inglaterra sano y salvo, pero ya era —según lo prueban la incoherencia de sus notas y su escritura vacilante— un hombre acabado. Una de las libretas de apuntes que llegaron a mí junto con los otros papeles puede ofrecer, si no la clave, al menos un indicio de sus experiencias. Hizo la mayor parte del viaje en barco y emprendió no menos de seis penosas tentativas de enumerar y describir a los otros pasajeros. Las anotaciones son de este tenor:

«24. Pastor de una aldea de Skane. Chaqueta negra y sombrero negro blando habituales.

25. Viajante de comercio que va de Estocolmo a Trollhättan. Capa negra, sombrero marrón.

26. Hombre con una larga capa negra, sombrero de alas anchas, muy pasado de moda».

Esta última nota está subrayada y Mr. Wraxall añade: «Tal vez idéntico al número 13. Aún no le he visto la cara». En cuanto al número 13, comprobé que se trataba de un sacerdote católico vestido con sotana. El cómputo arroja siempre el mismo resultado: la enumeración suma veintiocho personas, una de ellas es un hombre de larga capa negra y sombrero de alas anchas, otra, «una figura pequeña con una capa oscura y una capucha». Refiere, por otra parte, que solo veintiséis pasajeros participan de las comidas, y que es probable que el hombre de la capa negra no se presente a ellas, así como es seguro que la figura pequeña no se presenta jamás.

Parece que al llegar a Inglaterra, Mr. Wraxall desembarcó en Harwich y decidió ponerse en el acto fuera del alcance de una o más personas (jamás especifica de quiénes se trata, pero cree, obviamente, que intentan darle caza). Alquiló, por lo tanto, un cabriolé cerrado, pues no confiaba en el ferrocarril y se dirigió a la aldea de Belchamp St. Paul. Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegó a las cercanías del lugar; la nítida luna de agosto iluminaba el camino. Sentado adelante, se limitaba a observar por la ventanilla el rápido desfile de campos y brezales, pues poco más había para ver. De

pronto, llegó a una encrucijada. En uno de sus ángulos, se erguían dos figuras, ambas inmóviles, ambas envueltas en capas oscuras. La más alta usaba sombrero; la otra, capucha. No tuvo tiempo para verles el rostro, y ellos, por su parte, no esbozaron el menor movimiento. El caballo, sin embargo, pareció encabritarse y se alejó de inmediato a galope tendido; Mr. Wraxall se hundió en el asiento, presa de algo muy semejante a la desesperación. Los había visto antes, a ambos.

Una vez en Belchamp St. Paul, tuvo la suerte de encontrar habitaciones amuebladas con decencia y allí vivió, durante las siguientes veinticuatro horas, en relativa calma. Ese día escribió sus últimos apuntes, excesivamente inconexos y desesperados como para que los transcriba en su totalidad, aunque su contenido final es claro. Espera la visita de sus perseguidores —ignora cuándo o cómo sucederá— y a cada momento exclama: «¿Qué hice?» o «¿No hay ninguna esperanza?». Sabe que los médicos lo considerarían loco, que la policía se burlaría de él. El pastor no se encuentra en la aldea. Nada puede hacer, salvo cerrar la puerta y rezar.

El año pasado, en Belchamp St. Paul, aún había gente capaz de recordar al extraño caballero que llegó a esa aldea

una noche de agosto, años atrás, y que hallaron muerto a los dos días. Se había dispuesto una investigación, y siete miembros del jurado que observaron el cadáver se desmayaron; luego, ninguno de ellos se atrevió a contar lo que había visto. El veredicto fue: «Muerto por la intervención de Dios». Los habitantes de la casa se mudaron esa misma semana y abandonaron el lugar.

Sin embargo, estoy seguro de que esa misma gente ignora que un leve resplandor ha iluminado —o podría iluminar— el misterio. El año pasado recibí la pequeña casa como parte de una herencia. Había permanecido desocupada desde 1863 y, al advertir que no podría alquilarla, la hice demoler. Los papeles que acabo de resumir aparecieron en un armario, bajo la ventana del mejor dormitorio.

RATAS

—Y si ahora tuvieses que atravesar los dormitorios, verías las sábanas, rasgadas y mohosas, ondulando una y otra vez como si fueran mares.

—Pero… ¿a causa de qué? —dijo.

—Bueno, a causa de las ratas que hay debajo.

Pero ¿se debía ese movimiento a las ratas? Lo pregunto porque en otra ocasión no fue así. No puedo establecer la fecha de mi historia, pero yo era joven cuando la escuché, y quien me la contó era un anciano. No lo puedo culpar por la escasa armonía de su relato; por el contrario, yo asumo toda la responsabilidad.

Sucedió en Suffolk, cerca de la costa. En ese lugar el camino presenta un repentino declive y luego, también repentinamente, se eleva; si uno se dirige hacia el norte, sobre esa cuesta y a la izquierda del camino, se yergue una casa. Es un edificio alto, estrecho en proporción, de ladrillo rojo; lo construyeron, tal vez, hacia 1770. Corona el frente un tímpano triangular, con una ventana circular en el centro. En la parte trasera se encuentran los establos y las dependencias del servicio; detrás de ellos, el jardín. Descarnados abetos escoceses crecen cerca de la casa y la

circundan extensos campos de aulagas. A lo lejos, desde las ventanas frontales más altas, puede distinguirse el mar. Frente a la puerta cuelga un cartel; o colgaba, pues aunque esta casa fue en otro tiempo una famosa posada, creo que ha dejado ya de serlo.

Fue a esta posada a donde llegó, un hermoso día de primavera, mi amigo Mr. Thomson. Era entonces un joven que venía de la Universidad de Cambridge, deseoso de pasar algunos días en un alojamiento aceptable, a solas, y con tiempo para leer. Por cierto, encontró lo que buscaba, pues el posadero y su mujer tenían la suficiente experiencia en su oficio como para hacer sentir cómodo a un huésped y, además, no había ningún otro visitante en el lugar. Le asignaron una amplia habitación en el primer piso, desde la que podía verse el camino y el paisaje; estaba, lamentablemente, orientada hacia el este, pero, en fin, nada es perfecto. La casa, por lo demás, era cálida y de buena construcción.

Mi amigo pasó allí días tranquilos y apacibles: trabajaba toda la mañana; por la tarde solía pasear por los alrededores, al anochecer conversaba un poco con los campesinos o la gente de la posada, frente a un

estimulante vaso de aguardiente con agua; luego leía y escribía un poco antes de retirarse a dormir. Le habría gustado continuar esta rutina durante todo el mes que tenía a su disposición, tanto progresaba su trabajo y tan hermoso era abril ese año, el cual tengo motivos para sospechar que fue aquel que Orlando Whistlecraft registra en sus anotaciones meteorológicas como el «Año de las Delicias».

Uno de sus paseos lo condujo por el camino del norte que, elevándose, atraviesa una amplia extensión desierta, convertida en brezal. Gracias a la nitidez de la tarde, pudo vislumbrar, a varios cientos de yardas a la izquierda del camino, un objeto blanco, e inmediatamente creyó necesario averiguar de qué se trataba. Al cabo de pocos minutos, se halló frente a un bloque de piedra —algo así como la base de un pilar— con un agujero cuadrado en su cara superior. Era similar al que hoy puede apreciarse en Thetford Heath. Lo observó con detenimiento y contempló el paisaje unos instantes: una o dos torres de iglesia, los techos rojos de algunas casitas cuyas ventanas relumbraban al sol y la superficie del mar, también sembrada de ocasionales destellos; después prosiguió su camino.

La multiplicidad de temas inconexos que solían tratarse en las charlas vespertinas le permitió esa tarde preguntar en el bar de la posada el porqué de esa piedra blanca en el brezal.

—Es muy antigua esa piedra —dijo el posadero, Mr. Betts—. Ninguno de nosotros había nacido cuando la colocaron.

—Es cierto —afirmó otro.

—Está en un lugar bastante alto —observó Mr. Thomson—. Tal vez en otro tiempo sirvió de sustento a una baliza.

—Oh, sí —asintió Mr. Betts—. Escuché decir que podía verse desde los barcos; bueno, fuese lo que fuese, lo cierto es que se hizo pedazos hace mucho tiempo.

—Mejor —dijo un tercero—. Traía mala suerte, eso decían los viejos; mala suerte para la pesca, quiero decir.

—¿Y por qué? —preguntó Thomson.

—Bueno, yo nunca supe por qué —fue la respuesta—,

pero ellos, esos tipos de antes, tenían algunas ideas raras, quiero decir extravagantes; no me asombraría que ellos mismos la hubiesen destruido.

A Mr. Thomson le fue imposible obtener información más precisa al respecto; el grupo —que nunca se había distinguido por su locuacidad— adoptó una actitud taciturna y cuando alguien se atrevió a hablar fue para referirse a cuestiones locales y a las cosechas. Ese alguien fue Mr. Betts.

Mr. Thomson no tenía tantas consideraciones con su salud como para resignarse a una caminata diaria. Así, las tres de la tarde de un hermoso día lo sorprendieron escribiendo activamente en su habitación. Entonces, desperezándose, se levantó y salió al pasillo. Había, frente al suyo, otro cuarto; luego, el rellano de la escalera y otras dos habitaciones: una miraba hacia la parte trasera; la otra, hacia el sur. En el extremo sur del pasillo había una ventana, y a ella se dirigió mientras pensaba que realmente era una pena estar encerrado una tarde tan hermosa. Sin embargo, su trabajo era lo principal en ese momento; así que decidió robarle no más de cinco minutos y luego retomarlo; pensó en emplear esos cinco minutos —acaso

los Betts no tuvieran nada que objetar— en recorrer las otras habitaciones del pasillo, en las que, por lo demás, nunca había estado. Nadie, al parecer, las ocupaba en ese momento; probablemente, por ser día de mercado, todos habían ido a la ciudad, con la única excepción, tal vez, de la criada que atendía el bar. Una absoluta quietud reinaba en toda la casa, sobre la que se abatía pesadamente el calor del sol; las moscas zumbaban contra los vidrios de los ventanales. Mr. Thomson inició su exploración. Nada de especial había en el cuarto que enfrentaba al suyo, salvo un viejo grabado que representaba Bury St. Edmunds; los dos restantes, que estaban a su lado en el pasillo, eran limpios y alegres; lo único que los distinguía de su propio cuarto, que tenía dos ventanas, era poseer solo una. Quedaba por ver la habitación del sudoeste, frente a la última a la que había entrado. Estaba cerrada, pero Thomson sentía una curiosidad tan irresistible que, seguro de que no sorprendería ningún secreto prohibido en un sitio de tan fácil acceso, fue a buscar las llaves de su propio cuarto, y como estas no le sirvieron, recogió luego las de los otros tres. Con una de ellas pudo abrir la puerta.

La habitación tenía dos ventanas —una hacia el sur, otra hacia el oeste y, por lo tanto, el persistente sol provocaba un calor sofocante. No había alfombras, solo el piso desnudo; tampoco cuadros, ni lavabo; se veía, en el rincón más alejado, una cama. Era una cama de hierro, con colchón y almohadas, cubierta por una colcha azul hecha jirones. Era la habitación más anodina que pueda imaginarse; sin embargo, había allí algo que obligó a Thomson a cerrar la puerta con suma rapidez y cuidado, y a apoyarse, trémulo, contra la ventana del pasillo.

Alguien yacía bajo la colcha y además se agitaba. No cabía duda de que se trataba de *alguien*, no de *algo*, pues sobre la almohada se destacaba la forma inconfundible de una cabeza. Sin embargo, la colcha la tapaba por completo, y solo un muerto yace con la cabeza cubierta; pero ese alguien no estaba muerto, no realmente muerto, porque jadeaba y se estremecía. Si Thomson hubiese contemplado tal escena en el crepúsculo, o a la incierta luz de una vela, nada le habría costado convencerse de que se trataba de una fantasía. En esa tarde resplandeciente ello era imposible. ¿Qué debía hacer? Primero, cerrar la puerta con llave, costase lo que costase. Se aproximó con cautela y se inclinó para escuchar. Contuvo el aliento;

acaso oyera el sonido de una pesada respiración, a la que podía atribuirle una explicación prosaica. El silencio era total. Cuando, con mano vacilante, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar, esta rechinó y en el acto se escucharon pasos tambaleantes y penosos, que avanzaban hacia la puerta. Thomson huyó como un conejo hacia su habitación, donde se encerró con llave; sabía que era en vano —¿de qué podían servir puertas y cerrojos ante lo que sospechaba?—, pero era todo cuanto se le ocurrió en ese momento y, de hecho, nada sucedió. Solo lo asaltaron el terror de la espera y las atroces dudas sobre la decisión a adoptar. Su primer impulso fue, por supuesto, abandonar lo antes posible una casa que albergaba huésped tan nefasto. Pero precisamente el día anterior había asegurado que se quedaría por lo menos una semana más y, en caso de cambiar sus planes, de ningún modo podría evitar que sospecharan su participación en asuntos que por cierto no le concernían. Además, o bien los Betts conocían la existencia del extraño huésped (y sin embargo no abandonaban la casa), o bien la ignoraban (lo cual también evidenciaba que no había nada que temer), o bien sabían solo lo suficiente como para cerrar la habitación, pero demasiado poco como para alarmarse. En cualquiera de esos casos, parecía

obvio que no existía nada digno de temor; su propia experiencia, por lo demás, no había sido tan terrible. Quedarse, en todo caso, implicaba menos esfuerzo.

En fin, permaneció allí la semana prevista. Nada advirtió al pasar junto a esa puerta; se detenía con frecuencia, a una hora tranquila del día o de la noche, en el pasillo, para escuchar, pero por más atención que prestara no percibía sonido alguno. Habría sido lógico, tal vez, que Thomson intentara averiguar historias relacionadas con la posada, no interrogando a Betts sino al párroco o a la gente más vieja de la aldea; pero no lo hizo: era presa de esa reserva que suele dominar a la gente que padeció experiencias extrañas y cree en ellas. Sin embargo, al acercarse el fin de su estancia, la necesidad de una explicación se tornó más perentoria. Durante sus paseos solitarios, se dedicó a forjar un plan que le permitiera, del modo más discreto posible, indagar una vez más ese cuarto a la luz del día. Concibió, finalmente, este ardid: debía marcharse por la tarde, en el tren de las cuatro; cuando el cabriolé lo aguardara con el equipaje, haría una última incursión al piso alto para examinar su propio dormitorio y verificar si no olvidaba nada; luego, con esa misma llave, previamente aceitada

—¡como si eso valiera de algo!— abriría una vez más, solo por un instante, la puerta de la otra habitación, y la volvería a cerrar.

Así lo hizo. Pagó la cuenta. Toleró una charla breve y convencional mientras trasladaban su equipaje al cabriolé.

—Un hermoso lugar, por cierto… estuve muy cómodo, gracias a usted y a Mrs. Betts… Espero volver en otra oportunidad.

—Encantados de que esté satisfecho, señor. Hicimos todo lo posible… encantados de recibir sus elogios… El tiempo, en realidad, nos ayudó mucho.

Y luego:

—Iré arriba a ver si olvidé un libro o alguna otra cosa; no, no se moleste, vuelvo en un minuto.

Y tan silenciosamente como pudo se deslizó hasta la puerta y la abrió. ¡La ruptura de una ilusión! Casi estalló en carcajadas. Apoyado, casi podría decirse que sentado, sobre el borde de la cama, había… ¡pues nada más que

un espantapájaros! Un espantapájaros que habían sacado del jardín, por supuesto, y arrinconado en esa habitación en desuso… Sí, pero de pronto toda la comicidad de su hallazgo se desvaneció. ¿Acaso los espantapájaros tienen pies calzados que, en su desnudez, muestran los huesos? ¿Acaso sus cabezas cuelgan sobre los hombros? ¿Acaso tienen grillos de hierro y trozos de cadenas alrededor del cuello? ¿Acaso pueden incorporarse y avanzar, aunque sea con tanta rigidez, a través de una habitación, meneando la cabeza, con los brazos caídos junto al cuerpo? ¿Y pueden, acaso, temblar?

Dio un portazo, se precipitó hacia las escaleras, las bajó de un salto y, finalmente, perdió el sentido. Al despertar, Thomson vio a Mr. Betts, que se inclinaba sobre él con una botella de aguardiente y le dirigía una mirada de reconvención.

—No debería haberlo hecho, señor, de veras que no. No es ese el modo de tratar a gente que hizo por usted todo lo que pudo.

Thomson escuchó otras frases similares, pero jamás pudo recordar qué respondió. A Mr. Betts, y tal vez aún más a Mrs. Betts, le resultaba difícil aceptar sus

disculpas, por más que él alegaba que nada diría que pudiese perjudicar el buen nombre de la casa. Debieron sin embargo aceptarlas. Como Thomson ya no podía alcanzar el tren, se hicieron los arreglos necesarios para que esa noche durmiera en la ciudad. Antes de que se fuera, los Betts le contaron lo poco que sabían.

—Dicen que era, hace mucho tiempo, el dueño de esta propiedad, y que protegía a los bandoleros que acechaban en el brezal. Al fin recibió su merecido: lo colgaron con cadenas, según dicen, levantaron el cadalso allí donde está la piedra blanca. Los pescadores se lo llevaron porque, según creo, lo veían desde el mar y les impedía tener buena pesca, o por lo menos eso pensaban. A nosotros nos lo contaron los anteriores propietarios. «Mantengan cerrado ese cuarto», nos dijeron, «pero no saquen la cama; entonces no tendrán ningún problema». Y nunca lo tuvimos; ni una vez salió de la habitación, aunque ahora no sé qué pasará. De todos modos, usted es el primero que lo ha visto desde que estamos aquí; yo mismo no lo miré nunca, ni quiero hacerlo. Como hicimos las habitaciones de los sirvientes junto al establo, no tuvimos ningún problema con ellos. Lo único que espero, señor, es que mantenga la boca cerrada.

¿Usted sabe lo perjudiciales que podrían ser ciertas habladurías…? —Y siguieron otros ruegos del mismo tenor.

Mr. Thomson mantuvo su promesa durante muchos años. Yo conocí esta historia gracias a un incidente peculiar: cuando Mr. Thomson vino a visitar a mi padre, se me encomendó que le indicara su habitación, pero él, en lugar de permitir que le abriera la puerta, se me adelantó y la abrió por sí mismo; luego, permaneció varios minutos en el umbral y escudriñó con insistencia, a la luz de la vela, el interior del cuarto. Al fin pareció recobrarse y se disculpó:

—Lo siento. Sé que es absurdo, pero jamás puedo evitar hacerlo, por un motivo muy particular.

Días más tarde, conocí ese motivo tan particular, y ustedes acaban de conocerlo.

EL TESORO DEL ABAD THOMAS

I

Verum usque in praesentem diem multa garriunt inter se Canonici de abscondito quodam istius Abbatis Thomae thesauro, quem saepe, quanquam adhuc incassum, quaesiverunt Steinfeldenses. Ipsum enim Thomam adhuc florida in aetate existentem ingentem auri massam circa monasterium defodisse perhibent; de quo multoties interrogatus ubi esset, cum risu respondere solitus erat: «Job, Johannest, et Zacharias vel vobis vel posteris indicabunt»; idemque aliquando adiicere se inventuris minime invisurum. Inter alia huius Abbatis opera, hoc memoria praecipue dignum iudico quod fenestram magnam in orientali parte alae australis in ecclesia sua imaginibus optime in vitro depictis impleverit: id quod et ipsius effigies et insignia ibidem posita demonstrant. Domum quoque Abbatialem fere totam restauravit: puteo in atrio ipsius effosso et lapidibus marmoreis pulchre caelatis exornato. Decessit autem, morte aliquantulum subitánea perculsus, aetatis suae anno LXXII, incarnationis vero Dominicae MDXXIX.

—Supongo que tendré que traducirlo —Se dijo el anticuario en cuanto concluyó la transcripción de los

renglones precedentes que había tomado de ese libro peculiar y excesivamente difuso, el *Serturn Steinfeldense Norbertinum*[1]. Bueno, da lo mismo que lo haga ahora o después.

Y, en consecuencia, la siguiente versión quedó redactada en poco tiempo.

«Hasta el presente día, se ha rumoreado mucho entre los canónigos acerca de la existencia de un cierto tesoro oculto del susodicho abad Thomas, que los de Steinfeld han buscado con frecuencia, aunque hasta ahora en vano. Se dice que Thomas, aún en la plenitud de su vida, ocultó una inmensa cantidad de oro en algún sitio del monasterio. Cuando le preguntaban —lo que sucedía a menudo— dónde se hallaba, respondía riéndose: "Job, Juan y Zacarías se lo dirán, a ustedes o a sus sucesores". A veces añadía que no guardaría rencor alguno al que lo hallara. Entre otras obras emprendidas por este abad, mencionaré especialmente las imágenes, admirablemente pintadas en vidrio, que pueblan el gran ventanal del extremo oriental de la nave sur de la iglesia,

1 Una historia de la abadía premonstratense de Steinfeld, en Eiffel, con vidas de los abades, publicada en Colonia en 1712 por Christian Albert Erhard, radicado en el distrito. El epíteto *Norbertinum* alude a San Norberto, fundador de la orden.

que, a modo de testimonio, ostenta su efigie y sus armas. Además restauró casi íntegramente la morada del abad, en cuyo patio cavó un pozo que adornó con hermosos relieves en mármol. Falleció de muerte algo repentina a los setenta y dos años de edad, en el Año del Señor de 1529».

Lo siguiente que debía hacer el anticuario era localizar los vitrales de la iglesia abacial de Steinfeld. Poco después de la revolución, una gran cantidad de vitrales pasó de las disueltas abadías de Alemania y Bélgica a nuestro país, y hoy adornan varias de nuestras iglesias parroquiales, catedrales y capillas privadas. La abadía de Steinfeld fue una de las más pródigas de estos involuntarios proveedores de nuestro patrimonio artístico (cito el preámbulo, un tanto pomposo, del libro escrito por el anticuario) y la mayor parte de los vitrales de esa institución son identificables sin dificultad, ya por las múltiples inscripciones que mencionan su procedencia, ya por los temas, que representaban ciclos o narraciones bien definidos.

El pasaje con el que inicié mi relato había ofrecido otra pista al anticuario. En una capilla privada —no

importa dónde— había visto tres enormes imágenes; cada una ocupaba la luz íntegra de un ventanal, y las tres eran sin duda obra de un solo artista. Ese artista, según lo delataba el estilo, había sido un alemán del siglo XVI, pero nadie había podido brindar datos más precisos. Las imágenes representaban —¿acaso el lector se asombrará de ello?— a JOB PATRIARCHA, JOHANNES EVANGELISTA, ZACHARIAS PROPHETA, y cada uno aferraba un libro o pergamino que exhibía una sentencia de sus respectivos escritos. El anticuario había advertido este detalle, y también, no sin asombro, que diferían de todos los textos de la Vulgata que había podido examinar. El pergamino en manos de Job rezaba: *Auro est locus in quo absconditur*[2] (en lugar de *conflatur*); el libro de Juan decía: *Habent in vestimentis suis scripturam quam nemo novit*[3] (en lugar de *in vestimento scriptum*, tomando las palabras reemplazadas de otro versículo); y Zacarías: *Super lapidem unum septem oculi sunt*[4] (el único que presentaba un texto sin alteración).

2 Traducido como «hay un lugar donde se oculta el oro».

3 Traducido como «lucen en su vestimenta una escritura que ningún varón conoce».

4 Traducido como «sobre una piedra hay siete ojos».

Un amargo desconcierto había acuciado a nuestro investigador al ver a los tres personajes reunidos en un mismo ventanal. No los unía ningún lazo de orden histórico, simbólico o doctrinal, y sospechó que acaso formaran parte de una extensa serie de profetas y apóstoles que cubriera, por ejemplo, las ventanas superiores de una iglesia de dimensiones notables. Pero el pasaje del Sertum, al revelar que los nombres de los personajes representados en el vitral hoy expuesto en la capilla de Lord D… habían sido constantemente mencionados por el abad Thomas von Eschenhausen de Steinfeld, y que dicho abad había erigido, acaso hacia 1520, un vitral pintado en la nave sur de la iglesia abacial, alteraba la situación. Pensar que las tres imágenes formaran parte de la ofrenda del abad Thomas no era una conjetura audaz, y para confirmarla o refutarla bastaba con examinar escrupulosamente el vitral. Y, como Mr. Somerton era hombre sin ocupaciones, inició sin demora su peregrinaje a la capilla. Su conjetura tuvo plena confirmación. No solo la técnica y el estilo del vitral eran perfectamente adecuados al lugar y la época requeridos, sino que halló también en otro ventanal de la misma capilla, otro vitral, que habían adquirido junto con las tres imágenes y que lucía las armas del abad Thomas von Eschenhausen.

A intervalos, durante sus indagaciones, Mr. Somerton no había dejado de evocar los rumores sobre el tesoro oculto y, a medida que las vio satisfechas, juzgó cada vez más obviamente que si algún sentido tenían las enigmáticas respuestas del abad, había que descubrirlo en el ventanal que él había instalado en la iglesia abacial. Era innegable, por lo demás, que cabía interpretar el primero de los singulares textos inscritos en el vitral como referencia a un tesoro oculto.

Consiguió, pues, con sumo cuidado, todo indicio o señal cuya eventual colaboración pudiera desentrañar el misterio que, a su juicio, el abad había propuesto a la posteridad y, de regreso a su casa solariega en Berkshire, consumió buena parte del aceite nocturno ante sus copias y bosquejos. Un día, dos o tres semanas más tarde, Mr. Somerton le anunció a su mayordomo que debía preparar tanto sus propias maletas como las de su amo, pues partían de viaje a un sitio adonde, por ahora, no los seguiremos.

II

Mr. Gregory, párroco de Parsbury, había resuelto, esa diáfana mañana de otoño, caminar hasta el portón antes del desayuno para recibir la correspondencia y gozar del aire fresco. Pudo satisfacer ambos propósitos. Aún no había respondido sino diez u once de las variadas preguntas formuladas por la límpida curiosidad de sus vástagos, que le acompañaban, cuando apareció el cartero; el bulto de esa mañana incluía una carta con estampilla y sello extranjeros (que en el acto fueron objeto de ávida disputa entre los jóvenes Gregory), remitida con una caligrafía cuya cultura era objetable, aunque no así su carácter inglés.

Cuando el párroco la abrió y buscó la firma, advirtió que la enviaba el servidor de confianza de su inestimable amigo y protector Mr. Somerton. Decía lo siguiente:

Muy Respetable Señor:

Como sufro mucha *ansiedá* por el Amo, le escribo para rogarle si Ud., señor, no *decearía* tener la *bondá*

de venirse por aquí. El Amo tuvo una gran *comosión* y está en cama. Nunca lo vi en este *hestado,* pero después de todo no es *hasombrarse* y solo usted puede darle una mano. El Amo dice que si e de mencionarlo el camino más corto es irse a *Koblinza* y de ai es un poco más. Espero haber sido claro, pero estoy muy confundido y con mucha *ansiedá*, y me siento muy débil por las noches. Si me permite la *audasia*, señor, será un placer ver una onrada cara británica entre tantas extranjeras.

Lo saluda, con toda *diferencia*

William Brown

P. D.: Es un pueblo, no una *ciudá*. Se llama Stinfeld.

Figúrese el lector los detalles del asombro, la confusión y los precipitados preparativos en que carta semejante había de sumergir a un apacible párroco de Berkshire, en el Año de Gracia de 1859. Solo diré que ese mismo día tomó un tren a la ciudad, que logró reservar un camarote

en el barco a Amberes y un asiento en el tren a Coblenza; tampoco presentó mayor dificultad el traslado desde ese lugar a Steinfeld.

Padezco, como narrador, la grave desventaja de no haber visitado jamás Steinfeld y de que ninguno de los protagonistas del episodio (de quienes derivo toda mi información) me haya brindado sino una idea vaga e imprecisa de su aspecto. Deduzco que es un sitio pequeño, con una enorme iglesia despojada de sus antiguos ornamentos; la rodea una variedad de edificios altos, más bien en ruinas, casi todos del siglo XVII; pues la abadía, al igual que casi todas las del continente europeo, fue reconstruida por sus moradores de esa época. No creí que valiera la pena gastar dinero en visitar el lugar, pues aunque quizá merezca un juicio más atento que el de Mr. Somerton y el de Mr. Gregory, por cierto hay muy poco, si es que hay algo, cuyo interés sea de primera magnitud… salvo, acaso, una cosa, que yo preferiría no ver.

La posada donde se alojaron el caballero y su sirviente es, o era, la única «posible» en la aldea. Hacia ella lo condujo el cochero contratado por Mr. Gregory, que al llegar halló a Mr. Brown esperando en la puerta. Mr.

Brown, que en su Berkshire natal era un modelo de esa raza patilluda e impasible, que responde al nombre de servidor de confianza, vestía, en ese exilio atroz, un traje claro de *tweed*, y delataba ansiedad, furor, cualquier cosa salvo dominio de la situación. Su alivio al ver la «*onrada* cara británica» del párroco fue desmesurado, pero carecía de léxico para expresarlo. Solo pudo decir:

—Bueno, estoy muy contento, se lo aseguro, señor, de verlo. Y también, señor, lo estará el amo.

—¿Cómo está su amo Brown? —preguntó ávidamente Mr. Gregory.

—Creo que mejor, señor, gracias; pero lo pasó muy mal. Espero que, en fin, ahora pueda dormir un poco…

—¿Qué fue lo que ocurrió? No pude deducirlo de su carta. ¿Hubo algún accidente?

—Bueno, señor, no sé si debo… El amo insistió en que él mismo quería contárselo. Pero no se rompió ni un *güeso*… Creo que deberíamos estar agradecidos por eso…

—¿Qué dice el médico? —preguntó Mr. Gregory.

Ya estaban ante la puerta del cuarto de Mr. Somerton y hablaban en voz baja. Mr. Gregory, que iba delante, buscaba el picaporte, razón por la cual rozó los paneles con los dedos. Un horrible alarido, que provino del interior del cuarto, se anticipó a la respuesta de Brown.

—¿Quién es, en el nombre de Dios? —oyeron—. ¿Es Brown?

—Si señor… soy yo, con Mr. Gregory —Se apresuró a decir Brown, y le respondió un estentóreo gruñido de alivio.

Entraron en la habitación, cuya penumbra contrastaba con la tarde de sol, y Mr. Gregory observó con súbita lástima, las contracciones y lágrimas de temor que deformaban el rostro de su amigo, quien, incorporándose bajo el dosel, le saludó con mano trémula.

—Mejor ahora que le veo, querido Gregory —Fue la respuesta a la primera pregunta del párroco, y, por lo visto, era sincera.

Tras un diálogo de cinco minutos. Mr. Somerton —tal fue la ulterior declaración de Brown— ya era otro hombre. Pudo ingerir una cena más respetable y estuvo dispuesto a tolerar, en un lapso de veinticuatro horas, el viaje a Coblenza.

—Pero hay algo —dijo con un nuevo asomo de inquietud que perturbó a Mr. Gregory— que debo suplicarle que haga por mí, querido Gregory. No —prosiguió, depositando su mano sobre la de Gregory para impedir toda interrupción—, no me pregunte qué es, o por qué quiero que lo haga. Aún no puedo explicarlo; me perjudicaría, anularía todo el bien que me ha hecho al venir. Solo le diré que no corre ningún riesgo, y que Brown, mañana, puede y ha de revelarle qué es. Solo se trata de reintegrar… de guardar… algo. No; aún no puedo mencionarlo. ¿No le molesta llamar a Brown?

—Bien, Somerton —dijo Mr. Gregory mientras se dirigía a la puerta—. No pediré ninguna explicación hasta que usted lo crea conveniente. Y si esta pequeña diligencia es tan fácil como dice, no habrá problemas en que sea, tratándose de usted, lo primero que haga por la mañana.

—Ah, estaba seguro, mi querido Gregory; sabía que podía confiar en usted. Jamás podré expresarle mi gratitud. Mire, aquí está Brown, quiero hablar una palabra contigo.

—¿Conviene que me vaya? —preguntó Mr. Gregory.

—No por favor, en absoluto, Brown, lo primero que harás mañana por la mañana (sé que no le importa madrugar Gregory) es llevar al párroco a… allí, ya sabes —Brown, inquieto y solemne, asintió con un gesto—, y entre los dos devolverán eso a su lugar. No tienes por qué alarmarte; durante el día no hay ningún peligro. Sabes a qué me refiero. Está en el escalón, ya sabes, donde… donde lo pusimos —Brown tragó saliva con dificultad e, incapaz de hablar, se inclinó una y otra vez—, sí eso es todo. Solo esto, mi querido Gregory. Si puede evitar interrogar a Brown al respecto, le estaré aún más agradecido. Mañana por la noche, a lo sumo, si todo va bien, creo que podré contárselo todo, del principio al fin. Ahora le deseo buenas noches. Brown se queda conmigo, duerme aquí; y yo, en su lugar, cerraría la puerta con llave. Sí, no olvide hacerlo. La gente de aquí lo prefiere, y… y es mejor. Buenas noches, buenas noches.

Así se despidieron, y si Mr. Gregory despertó un par de veces en mitad de la noche e imaginó que alguien raspaba la parte inferior de su puerta, era lo menos que podía sucederle a un hombre tranquilo súbitamente trasladado a una cama extraña e inmerso en un extraño misterio. Por cierto que hasta el fin de sus días creyó haber escuchado tales ruidos dos o tres veces entre la medianoche y el alba.

Se levantó con el sol y no tardó en salir en compañía de Brown. Aunque el servicio requerido por Mr. Somerton fuera curioso, no resultó difícil ni alarmante, y media hora después de haber salido de la posada habían terminado con él. Aún no diré de qué se trataba.

Más tarde, esa misma mañana, Mr. Somerton, casi recobrado por completo, pudo partir de Steinfeld; al anochecer de ese día —no recuerdo si en Coblenza o en una escala intermedia del viaje— ofreció la prometida explicación. Fue en presencia de Brown, aunque este jamás reveló, y yo no me atrevería a hacer conjeturas, hasta qué punto logró comprender en qué consistía el problema.

III

He aquí el relato de Mr. Somerton.

—Ambos saben, en principio, que emprendí este viaje con el objeto de satisfacer una inquietud suscitada por un viejo vitral de la capilla privada de Lord D…

Bien, el punto de partida de todo fue un pasaje de un viejo libro al que les ruego presten atención.

Y, al llegar a este punto, Mr. Somerton les mostró el texto que el lector ya conoce.

—En mi segunda visita a la capilla —prosiguió—, mi propósito consistía en tomar nota de cuanta cifra, letra, corte con diamante y aun marcas aparentemente accidentales pudiera descubrir sobre el vidrio. El primer punto al que me dediqué fue al de las inscripciones. No me cabía duda de que la primera de ellas, la de Job («Hay un lugar donde se oculta el oro»), con su deliberada alteración, debía referirse al tesoro escondido; así que me demoré con cierta confianza en la siguiente, la de san

Juan: «Lucen en su vestimenta una escritura que ningún varón conoce». Ustedes se preguntarán, naturalmente, si había alguna inscripción en los mantos de las imágenes. No descubrí ninguna; cada uno de los tres mantos terminaba en un amplio borde negro, que formaba en el ventanal un trazo conspicuo y más bien desagradable. Confesaré mi confusión, y de no haber mediado una feliz casualidad creo que habría abandonado la búsqueda en el mismo punto en que lo hicieron los canónigos de Steinfeld. Pero sucedió que había gran cantidad de polvo sobre la superficie del vitral, y Lord D…, que entró por casualidad, vio mis manos ennegrecidas y amablemente insistió en que trajeran un plumero para limpiarlo. Supongo que el plumero debía tener alguna prominencia áspera, pues, al pasar sobre el borde de uno de los mantos, advertí que abría un largo surco, que en el acto reveló una mancha amarilla. Le pedí al sirviente que suspendiera un segundo su tarea y subí a la escalera para hacer un examen. Allí estaba, sin lugar a dudas, la mancha amarilla, y lo que había saltado era un grueso pigmento negro, aplicado evidentemente con una brocha después de procesado el vitral, que, por tanto, podría rasparse sin causar ningún perjuicio. Raspé, pues, y seguro que no lo creerán —no, cometo una injusticia,

ya lo habrán adivinado—: hallé, bajo el pigmento negro, dos o tres letras mayúsculas nítidamente dibujadas con tintura sobre un fondo más claro. Por supuesto, apenas pude contener mi satisfacción.

Le comuniqué a Lord D… que había descubierto una inscripción que creía interesante, y le rogué que me permitiera limpiarla por completo. No opuso objeción alguna, me dijo que hiciera lo que considerara conveniente, y luego, como tenía un compromiso, que, tengo que declararlo, sirvió para mi alivio, debió dejarme a solas. Me puse a trabajar en el acto y la tarea no me deparó dificultades. El pigmento, ya disuelto por el curso del tiempo, saltó casi al primer roce, y creo que no me llevó siguiera una par de horas limpiar los tres bordes negros. Cada imagen exhibía, como anunciaba la inscripción, "una escritura que ningún varón conocía".

Este descubrimiento, por supuesto, me confirmó que no seguía una pista falsa. Ahora bien, ¿cuál era la inscripción? Mientras limpiaba el vidrio me esforcé por no leer nada, reservándome ese placer para cuando lo tuviera todo a la vista. Y cuando lo tuve, querido Gregory, te aseguro que casi rompo a llorar, abrumado

por la decepción. Lo que tenía ante mí era un conjunto de letras tan desordenadas como si las hubiese mezclado dentro de un sombrero.

Helo aquí:

Job.
EVICIOPEDMOOMSMVIVLISLCAVIBASBATAOVT

S. Juan.
RDIIEAMRLESIPVSPODSEEIRSETTAAESGIAVNNR

Zacarías.
ILNQDPVAIVMTLEEATTOHIOONVMCAAT.H.Q.E.

Pese a mi primer desconcierto, mi confusión no perduró. Casi en el acto advertí que me enfrentaba con una suerte de clave o criptograma; y reflexioné que, dada su temprana fecha, debía ser de una especie bastante simple. De modo que transcribí las letras con la más minuciosa atención. Surgió, entretanto, otro indicio que confirmó mi creencia en un texto cifrado. Después de copiar las letras del manto de Job las conté, para asegurarme de que no faltaba ninguna. Eran treinta y ocho; y al concluir la revisión percibí una raspadura,

ejecutada con una punta filosa en el extremo del manto. Era simplemente el número XXXVIII en cifras romanas. Para abreviar, diré que había una indicación similar, por así llamarla, en cada una de las otras claves; quedaba claro, a mi juicio, que el artesano había recibido órdenes estrictas del abad Thomas en cuanto a la inscripción, y se había esmerado en verterla correctamente.

Bueno, imaginarán, después de tal hallazgo, con qué detenimiento recorrí toda la superficie del vidrio en busca de otra clave. No desdeñé, por supuesto la inscripción de Zacarías ("Sobre una piedra hay siete ojos"), pero no tarde en concluir que esta debía referirse a alguna marca en una piedra que solo podría descubrir *in situ*, donde se ocultara el tesoro. Hice, en pocas palabras, cuantas anotaciones, copias y bosquejos me fue posible, y luego regresé a Parsbury para intentar el desciframiento con tranquilidad. ¡Oh, los tormentos que padecí! Al principio me creí muy sagaz, porque juzgué que la hallaría en uno de, los viejos tratados sobre escritura secreta. La *Steganogaphia* de Joachim Trithemius, que fue contemporáneo del abad Thomas, parecía particularmente prometedora; me hice con ella, pues, y con la *Cryptographya* de Selenius, el *De Augmentis*

Scientiarum de Bacon, y otras obras. De nada valieron. Intenté aplicar el principio de la "letra más frecuente", primero con base latina y luego alemana. Tampoco sirvió, y no estoy seguro de si era o no aplicable. Regresé, por fin, al vitral, y releí mis anotaciones, esperando, casi contra toda esperanza, que el mismo abad me hubiese suministrado la clave necesaria. Nada pude inferir del color o del diseño de los ropajes. No había fondos de paisaje con objetos secundarios; nada había en los palios. El único recurso posible parecía residir en la actitud de las imágenes "Job", leí: "el pergamino en la mano izquierda, el índice de la mano derecha tendido hacia arriba Juan: aferra su libro con la mano izquierda; bendice con la mano derecha, con dos dedos. Zacarías: pergamino en la mano izquierda; tiende la mano derecha hacia arriba, como Job, pero apunta con tres dedos". En otras palabras, reflexioné: Job extiende *un* dedo; Juan, *dos*; Zacarías, *tres*. ¿No habrá implícito un código numérico? Mi querido Gregory —dijo Mr. Somerton, apoyando la mano en la rodilla de su amigo—, esa era la clave. Al principio no advertí en qué consistía, pero al cabo de un par de instantes la desentrañé. Después de la primera letra de la inscripción, uno omite *una* letra, después de la siguiente omite *dos*, y después *tres*. Ahora mira el resultado que

obtuve. Puse en versalitas las letras que configuran palabras:

dReVIcIOPeDmOOmSMViVLiSlCAViBaS

BaTAOvT

rDIiEAMrLeSIpVSPoDSEEiRSEtTaAEsGI

AvNnR

FtEEAiLnQDpVAIvMtLEeATToHiOOnVM

CaAt.H.Q.E.

¿Lo ve? *Decem millia auri reposita sunt in puteo in at…* (Hay diez mil piezas de oro en un pozo en…), y sigue una palabra incompleta que comienza con at. Hasta aquí perfecto. Apliqué el mismo sistema a las letras restantes; pero no dio resultado, e imaginé que acaso los puntos que siguen a las tres últimas letras indicaban algún cambio en el procedimiento. Luego pensé: “¿No había ninguna alusión a un pozo en la historia del abad Thoms, en el *Sertum*?” Sí, la había; él había cavado un *puteus in atrio* (un pozo en el atrio). Allí estaba, por supuesto, mi

palabra: *atrio*. El próximo paso consistió en transcribir las otras letras de la inscripción, omitiendo las ya utilizadas. Obtuve lo que ves en esta tarjeta:

RVIIOPDOOSMVVISCAVBSTBTAOTDOIEAM

LSIVSPDEERSETAEGIANRFEEALQDV

AIMLEATTHOOVMCA.H.Q.E.

Ahora bien, yo no sabía cuáles eran las tres primeras letras requeridas, es decir *rio* para completar la palabra atrio; y, como verás, estas están entre las primeras cinco letras requeridas, es decir, *rio*, para completar la palabra; pero no tardé en advertir que cada letra alternada debía emplearse al continuar la lectura de la inscripción. Puede resolverlo usted mismo; el resultado, si reinicia cada ronda con lo que le queda, es este:

rio domus abbatialis de Steinfeld a me, Thoma, qui possui custodem super ea. Gare à qui la touche.

Osea que el secreto era:

Hay diez mil piezas de oro en un pozo del atrio de la casa del abad de Steinfeld, cuyo constructor soy

> yo, Thomas, que ha puesto un guardián en ellas. Gare a qui la touche!

Diré que estas últimas palabras eran un lema adoptado por el abad. Lo descubrí junto a sus armas en otro vitral de la capilla de Lord D…, y el religioso se las ingenió para incluirlo en su criptograma, aunque no concuerda gramaticalmente.

Y bien, querido Gregory, ¿a qué tentación no hubiera cedido cualquier ser humano en mi lugar? ¿Quién podría haber evitado partir, tal y como yo lo hice, hacia Steinfeld y rastrear el secreto, literalmente, hasta su fuente? Creo que nadie. Yo al menos no puede, y así, no necesito aclarárselo, me hallé en Steinfeld apenas me lo permitieron los recursos de la civilización, y me instalé en la posada que usted conoce. Le diré que no estuve del todo libre de presentimientos: temía la decepción o bien el peligro. Siempre quedaba la posibilidad de que el pozo del abad hubiera sido íntegramente destruido, o que alguien, ignorante de los criptogramas, pero ayudado por la suerte, hubiese tropezado con el tesoro antes que yo. Y además —aquí su voz tembló en forma notoria—, no me avergonzará confesar que el significado de esas

palabras relativas al guardián del tesoro me impedían estar del todo tranquilo. Pero, si me disculpa, no volveré a comentar ese particular hasta… hasta el momento necesario.

En cuanto tuvimos una oportunidad, Brown y yo exploramos el lugar. Yo, naturalmente, había manifestado interés en las ruinas de la abadía, y no pudimos evitar una visita a la iglesia, pese a mi ansiedad por acudir a otra parte. De todos modos, sí me interesaba observar los ventanales donde había estado el vitral, especialmente el del extremo oriental de la nave sur. Me asombró hallar, en las luces de las tracerías, algunos fragmentos y signos heráldicos: allí estaba el escudo del abad Thomas, y una pequeña imagen con un pergamino, cuya inscripción *Oculos habent*, *et non videbunt* (“Tienen ojos y no verán”) era, a mi juicio, una alusión del abad a sus canónigos.

Pero, por supuesto, el objetivo principal consistía en hallar la casa del abad. Por lo que sé, en la construcción de un monasterio no hay reglas establecidas para la residencia del abad; no puede predecirse, como de la capilla, que estará sobre el ala oriental del claustro, o, como del dormitorio, que se comunicará con un crucero

del templo. Juzgué que si formulaba excesivas preguntas podía despertar el latente recuerdo del tesoro, de modo que intenté descubrirla por mis propios medios. No fue una búsqueda difícil o prolongada. Ese atrio triangular al sudeste del templo, cercado por ruinas desiertas y afeado por la maleza, que vio esta mañana, era el lugar en cuestión. Y con no poca satisfacción comprobé que estaba abandonado, que no distaba mucho de la posada y que no era observable desde edificios vecinos habitados; solo había parques y huertos en los declives al este de la iglesia. Y le diré que aquellas hermosas piedras destacaban con un perfecto resplandor en el brumoso crepúsculo que tuvimos el martes.

¿Y en cuanto al pozo? Es usted testigo de que no podía haber dudas al respecto. Es en verdad algo notable. El brocal creo que es de mármol italiano, y el tallado, según pensé, también ha de ser italiano. Había relieves, no sé si recuerda, de Eleazar y Rebeca, y de Jacob abriendo el pozo para Raquel, y de otros temas similares; pero, supongo que para distraer toda sospecha, el abad se abstuvo escrupulosamente de sus inscripciones cínicas y alusivas.

Examiné en detalle toda la construcción: cuadrada, con una entrada lateral cubierta por una arcada, con una polea para la cuerda, evidentemente aún en buenas condiciones, pues la habían utilizado hasta hacía sesenta años, o quizá menos, si bien no en forma reciente. Quedaba por averiguar la profundidad y el modo de internarse. La profundidad, calculo, era de unos sesenta a setenta pies; y en cuanto al otro punto, de veras parecía que el abad hubiera deseado conducir a los buscadores a las puertas mismas de su arca, pues, según usted mismo ha visto, había enormes bloques de piedra hincados en la mampostería que formaban una escalera regular que descendía por el interior del pozo.

Parecía demasiado bueno para ser verdad. Sospeché una trampa: acaso los peldaños de piedra cedieran apenas los agobiara un peso; pero probé una buena parte de ellos con mi propio cuerpo y con mi bastón, y todos parecían, y estaban, perfectamente firmes. Decidí, por supuesto, que Brown y yo intentaríamos explorarlo esa misma noche.

Estaba bien equipado. Conociendo la clase de lugar que iba a explorar, había traído suficiente cantidad de

cuerda y de correas para rodear mi cuerpo, de barras para aferrarse, así como de linternas y bujías y palancas, todo ello oculto en un maletín, para no despertar sospechas. Verifiqué la longitud de mi cuerda, así como el buen estado de la polea para el balde, y luego nos fuimos a cenar.

Mantuve un breve y cauto diálogo con el posadero y le sugerí que no se asombrara si a eso de las nueve de la noche me veía salir con mi sirviente, pues deseaba —(¡Dios me perdone!)— hacer un boceto de la abadía a la luz de la luna. No formulé ninguna pregunta acerca del pozo, y no es probable que ahora las formule. Creo saber tanto al respecto como el que más en Steinfeld. Al menos —y todo su cuerpo sufrió un brusco temblor— no me interesa saber nada más.

Llegamos ahora al desenlace, y aunque aborrezco recordarlo, estoy seguro, Gregory, de que será mucho mejor para mí evocarlo tal como sucedió. Brown y yo partimos con nuestro maletín a eso de las nueve, sin llamar la atención, pues nos las compusimos para deslizamos, por la parte trasera de la posada, hasta un callejón que nos condujo al confín de la aldea. En cinco

minutos llegamos al pozo y durante un rato nos sentamos en el brocal para asegurarnos de que nadie nos seguía o espiaba. Solo oímos unos caballos que pastaban hacia el este, en la ladera. Actuábamos sin ser observados, y la pletórica luna llena nos brindaba luz suficiente como para que aseguráramos bien la cuerda en la polea. Luego ceñí la correa de cuero alrededor de mi cuerpo, bajo las axilas. Sujetamos el extremo de la cuerda, con toda firmeza, en un anillo de la piedra labrada. Brown tomó la linterna encendida y me siguió; yo tenía una barra. Y así iniciamos un lento descenso, tanteando cada escalón antes de pisarlo, y examinando los muros en busca de alguna piedra que estuviese marcada.

En voz baja conté los escalones a medida que descendíamos, y ya había contado treinta y ocho antes de advertir una irregularidad en la superficie del muro. Tampoco aquí había marca alguna, y pensé, en mi desconcierto, si el criptograma del abad no sería sino una elaborada burla. A los cuarenta y nueve peldaños cesaba la escalera. Con honda consternación volví sobre mis pasos, y cuando llegué al escalón número treinta y ocho —Brown, con la linterna, estaba uno o dos escalones más

arriba— examiné la pequeña irregularidad con sumo detenimiento: pero no había ni vestigios de una señal.

Advertí entonces que la textura de la superficie parecía más tersa que la del resto, o al menos diferente. Acaso fuera de cemento y no de piedra. Le asesté un buen golpe con mi barra de hierro. Hubo un sonido resueltamente hueco, aunque quizá eso se debiera a que estábamos en el interior del pozo. Pero hubo más. Un trozo de cemento cayó a mis pies, y vi marcas en la piedra que cubría. Había descubierto la pista propuesta por el abad, querido Gregory; aún ahora pienso en ello con cierta vanidad. Pocos golpes más y saqué todo el cemento; vi entonces una losa de piedra de unos dos pies cuadrados, sobre la que habían grabado una cruz. Nueva decepción, que solo duro un instante. Fuiste tú, Brown, quien me infundió nuevo ánimo mediante una observación casual. Dijiste, si mal no recuerdo:

—¡Qué cruz tan rara!; parece un montón de ojos.

Te arrebaté la linterna y vi, con inexpresable placer, que la cruz estaba compuesta de siete ojos, cuatro en línea vertical, tres en línea horizontal. La última inscripción del ventanal quedaba explicada del modo previsto por

mí. Esta era la piedra con siete ojos. Hasta ahora todos los datos suministrados por el abad eran exactos, y al pensar en ello, se duplicaron mis ansiedades con respecto al guardián. Pero no iba a retroceder en ese momento.

Sin darme tiempo a reflexionar, limpié con la barra el cemento que cubría el borde de la lápida, que luego golpeé en el costado derecho. Se movió en el acto, y advertí que no era sino una losa delgada y liviana, que yo mismo podía levantar y que servía de entrada a una cavidad. La levanté, pues, sin romperla, y la dejé sobre el escalón, por si acaso fuera importante para nosotros volver a ponerla en su sitio. Luego aguardé varios minutos en el escalón inmediato superior. No sé por qué, creo que para ver si no surgía alto espantoso. Nada ocurrió. Encendí una bujía y con toda cautela la metí en la cavidad, con la intención de comprobar la pestilencia del aire y ver qué había dentro. Había cierta pestilencia que por poco extingue la llama, pero esta no tardó en arder con regularidad. La cavidad se extendía hacia adentro y hacia los costados de la abertura, y pude ver ciertos objetos redondos que quizá fueran sacos. ¿A qué esperar? Miré al interior de la cavidad. Nada había junto a la abertura. Metí el brazo y tanteé con lentitud a la derecha…

—Dame una copa de coñac, Brown. Continúo en seguida, Gregory…

Bueno, tanteé a la derecha, y mis dedos palparon algo áspero, que parecía… sí, más o menos como cuero; estaba húmedo, y evidentemente era parte de algo pesado y consistente. De momento no había nada alarmante. Creció mi audacia e introduje ambas manos tanto como pude, lo arrastré hacia mí y se desplazó. Era pesado, pero lo movía con inesperada facilidad. Mientras lo atraía hacia la abertura, golpeé la bujía con el codo izquierdo y la apagué. Tenía el objeto casi frente a mí y comencé a sacarlo. Entonces Brown profirió un alarido brutal y se precipitó escaleras arriba con la linterna. Ya le contará él mismo por qué lo hizo. En medio de mi asombro, le busqué con la mirada, y le vi detenerse un instante allá arriba y luego retroceder unos pasos. Luego oí que decía en voz baja: "Está bien, señor", y seguí arrastrando el enorme saco, en esa penumbra total. Este vaciló un instante en el borde de la cavidad, luego se deslizó hacia mi pecho y *me rodeó el cuello con sus brazos*.

Querido Gregory, le digo la pura verdad. Creo que ahora conozco el extremo del horror y repugnancia que

un hombre puede tolerar sin perder la razón. Apenas puedo presentarle la experiencia en sus términos más elementales. Percibí un penetrante olor a moho y un helado rostro apretado contra el mío, rozándolo con lentitud, y varios (no sé cuántos) brazos o piernas o tentáculos o algo que se aferraban a mi cuerpo. Aullé, según Brown, como una bestia feroz, y caí hacia atrás desde el escalón en que estaba, mientras la criatura, supongo, resbalaba hacia ese mismo escalón. Providencialmente, la correa que me rodeaba se mantuvo firme. Brown no perdió la cabeza, y contó con fuerza suficiente para elevarme y sacarme de allí con prontitud. No sé exactamente cómo se las arregló, y no creo que él pueda explicarlo. Creo que se las ingenió para ocultar nuestras herramientas en el edificio desierto más próximo y con dificultad me llevó a la posada. Mi estado no me permitía dar explicaciones y Brown no sabe alemán; pero, a la mañana siguiente, le conté a la gente del lugar cierta historia de que me había caído en las ruinas de la abadía o algo así y supongo que la creyeron. Y ahora, antes de proseguir, me gustaría que conociera cuáles fueron las experiencias de Brown durante esos pocos minutos. Cuéntale al párroco, Brown, lo que me referiste».

—Bueno, señor —dijo Brown, en voz baja y nerviosa—, todo pasó así. Resulta que el amo estaba muy ocupado frente a ese agujero, y yo le sostenía la linterna y miraba, cuando entonces oí algo que caía al agua desde arriba, me dio la impresión. Entonces miro y veo una cabeza que nos está observando. Supongo que dije algo, y entonces alcé la luz y corrí escaleras arriba, y mi luz le dio justo en la cara. ¡Si alguna vez vi un rostro maligno, señor, fue ese! Un viejo, con la cara muy arrugada, y me pareció que se reía. Y subí los escalones casi tan rápido como se lo cuento, y cuando salí no había nadie afuera ni tampoco ningún rastro. Tiempo para irse no tuvo, menos tratándose de un viejo, y me aseguré bien de que no se hubiera escondido junto al pozo o algo por el estilo. Después escuché que el amo daba un grito horrible y le vi colgando de la soga, y entonces, como dice el amo, no sé cómo hice para levantarlo.

—¿Lo oye, Gregory? —dijo Mr. Somerton—. Ahora bien, ¿se le ocurre alguna explicación del incidente?

—Todo el asunto es tan siniestro y anormal que debo confesar que me desconcierta por completo; pero lo que se me ocurre es que quizá… bueno, que la persona

que había tendido la trampa acaso hubiese acudido a presenciar el éxito de su plan.

—Exactamente, Gregory, exactamente. No se me ocurre otra cosa… *probable*, diría, si tal palabra tuviese cabida en algún sitio de mi relato. Creo que debe haber sido el abad… En fin, no tengo mucho más que contarle. Pasé una noche atroz, con Brown sentado cerca de mí. No mejoré al día siguiente; no podía levantarme; no disponía de médicos; de conseguir alguno, dudo que hubiera podido hacer algo. Le dije a Brown que le escribiera a usted y soporté otra noche terrible. Y además, Gregory (de esto estoy seguro, y creo que me afectó aún más que lo anterior, pues duró más tiempo), alguien o algo permaneció vigilante junto a mi puerta durante toda la noche. Casi creo que eran dos. No lo digo solo por los débiles ruidos que cada tanto oía en la penumbra, sino por ese olor… ese espantoso olor a moho. Yo me había deshecho de todo lo que llevaba puesto en esa primera noche y se lo había entregado a Brown, quien, según creo, lo había quemado en la estufa de su cuarto; y el olor, sin embargo, persistía con tanta intensidad como en el pozo; y, lo que es más, procedía de detrás de la puerta. Pero apenas despuntó el alba se disipó, y también cesaron

los ruidos, lo cual me convenció de que esos seres eran criaturas de las tinieblas, que no podían tolerar la luz del día; y llegué al convencimiento de que si alguien podía devolver la lápida a su sitio, perderían su poder hasta que otro la retirara de nuevo. Para conseguirlo, tenía que esperar que viniera usted. No podía, por supuesto, enviar a Brown a hacerlo por sí solo, y menos podía pedirle a nadie del lugar que cumpliera la tarea. En fin, esa es toda mi historia; si no la cree nada puedo hacer. Pero me da la impresión de que sí.

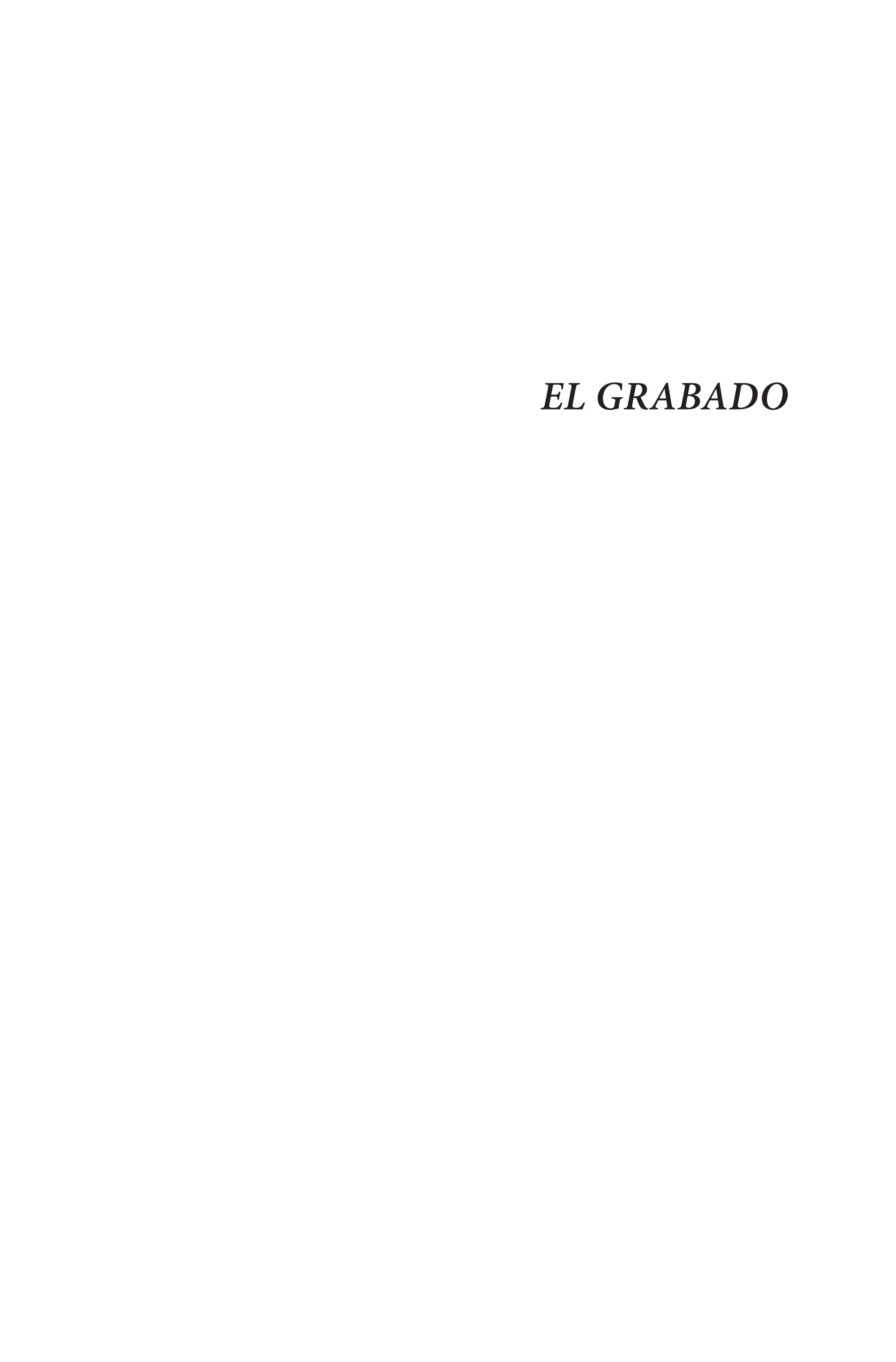
—En verdad —dijo Mr. Gregory—, no veo otra alternativa. ¡Debo creerla! Vi el pozo y la lápida con mis propios ojos, y creo haber visto los sacos o alguna otra cosa en la cavidad. Y, para ser franco con usted, Somerton, creo que anoche también vigilaron mi puerta.

—Me atrevo a creer que sí, Gregory; pero, gracias al cielo, todo ha concluido. ¿Tiene, de paso, algo más que contarme con respecto a su visita a ese espantoso lugar?

—Muy poco —Fue la respuesta—. Brown y yo reintegramos la piedra a su sitio sin dificultad, y él la aseguró con los hierros y cuñas que usted le mandó adquirir. Luego cubrimos la superficie con lodo, de

manera que tuviera el mismo aspecto que el resto del muro. Advertí un detalle en el relieve del brocal, que supongo que a usted se le escapó. Se trataba de una forma horrible y grotesca (más parecida a un sapo que a otra cosa), a cuyo lado había una inscripción con estas palabras: *Depositum custudi*[5].

5 Traducido como «custodia lo que se te ha encomendado».



EL GRABADO

Creo que hace algún tiempo tuve el placer de contarle la historia de una aventura sucedida a un amigo mío llamado Dennistoun durante sus investigaciones en busca de objetos artísticos para el museo de Cambridge.

Mi amigo no habló mucho de sus experiencias al regresar a Inglaterra; pero fue imposible que no llegaran a conocerlas un buen número de sus amigos, entre los que se contaba cierto caballero que por entonces dirigía el museo de arte de otra universidad. Era lógico que la historia causara considerable impresión en la mente de un hombre cuya vocación se hallaba en una línea tan parecida a la de Dennistoun, y que se esforzara por obtener cualquier explicación del enigma que hiciera improbable tener que enfrentarse alguna vez en persona con un caso urgente tan perturbador. Hasta cierto punto le consolaba pensar que no se esperaba de él la adquisición de manuscritos antiguos, puesto que esa tarea correspondía a la Shelburnian Library, cuyos expertos podía, si así lo deseaban, escudriñar los más oscuros rincones del continente con esa finalidad. Él se alegraba de ver por el momento limitado su interés a la ya insuperable colección de dibujos y grabados tipográficos ingleses propiedad de su museo. Sin embargo, como

acabó viéndose a la larga, también un departamento tan casero y familiar como ese puede tener sus rincones oscuros, y a uno de ellos tuvo inesperadamente acceso Mr. Williams.

Todos los que se hayan interesado, aun de manera muy limitada, por la adquisición de representaciones topográficas saben de la existencia de un comerciante londinense cuya ayuda resulta indispensable para sus investigaciones. Mr. J. W. Britnell publica con mucha frecuencia admirables catálogos con un amplio y siempre renovado fondo de grabados, planos y antiguos apuntes de mansiones, iglesias y pueblos de Inglaterra y Gales. Esos catálogos constituían, por supuesto, el abecé de su disciplina para Mr. Williams; pero como su museo albergaba ya una enorme cantidad de representaciones topográficas, era un comprador más caracterizado por la regularidad de sus compras que por su número; y contaba con Mr. Britnell más para rellenar los vacíos en el cuerpo general de su colección, que por la esperanza de que le suministrara piezas fuera de lo común.

Ahora bien, en febrero del año pasado apareció en el museo, sobre el escritorio del Mr. Williams, un catálogo

del establecimiento del Mr. Britnell acompañado de una comunicación mecanografiada del mismo propietario. Esta última decía lo siguiente:

Muy señor mío:

Nos permitimos llamar su atención sobre el n.° 978 del catálogo adjunto, que tendremos el placer de enviarle a prueba.

Sinceramente suyo,

J. W. Britnell.

Localizar el n.º 978 en el catálogo adjunto fue para Mr. Williams (como se hizo notar para sus adentros) cuestión de un momento, y en el lugar indicado encontró la siguiente anotación:

«978. —*Desconocido*. Interesante grabado a la manera oscura: vista de una mansión, principios del siglo XVIII. 37 por 25 centímetros; marco negro. 2 libras y 2 chelines».

No era nada especialmente llamativo y el precio parecía alto. Sin embargo, como Mr. Britnell, que conocía su negocio y a su cliente, parecía valorarlo mucho, Mr. Williams escribió una postal pidiendo que le enviaran el artículo a prueba, junto con otros grabados y apuntes que figuraban en el mismo catálogo. Y, sin grandes expectaciones, pasó a ocuparse de las tareas ordinarias de la jornada.

Los paquetes, de cualquier clase que sean, siempre llegan un día después de lo esperado, y el del Mr. Britnell no resultó, como creo que dice la frase, una excepción a la regla. El envío llegó al museo en el correo de la tarde del sábado, después de que Mr. Williams hubiera dado por terminada su jornada de trabajo, de manera que el conserje lo llevó a sus habitaciones en la universidad, con el fin de que no tuviera que esperar hasta el lunes para examinarlo y estuviera en condiciones de devolver de inmediato cualquier parte de su contenido que no quisiera conservar, y allí se lo encontró nuestro hombre al presentarse con un amigo para tomar el té.

El único objeto que me interesa de este relato era el grabado a la manera oscura, más bien grande, enmarcada

en negro, cuya breve descripción en el catálogo de Mr. Britnell ya he citado. Será necesario dar algunos detalles más, aunque no cabe esperar que esas indicaciones reproduzcan ante ustedes aquella obra con la claridad con que yo la tengo presente ante mis ojos. Un duplicado casi exacto puede verse en la actualidad en un buen número de salones de posadas antiguas, o en los pasillos de tranquilas mansiones rurales. Era un grabado a la manera oscura más bien insignificante, y una manera oscura (porque también se los llama así) insignificante es, quizá, la peor forma conocida de grabado. Aquella presentaba una vista frontal completa de una mansión no muy grande del siglo pasado, con tres hileras de ventanas corrientes de guillotina y obra de almohadillado rústico, un antepecho con bolas o jarrones en las esquinas y un pequeño pórtico en el centro. A ambos lados había árboles, y delante una considerable extensión de césped. La inscripción «A. W. F. sculpsit» estaba grabada en el estrecho margen; no había nada más escrito. La pieza, en su conjunto, daba la impresión de ser una obra de aficionado. Qué se proponía Mr. Britnell poniendo un precio de 2 libras y 2 chelines a semejante grabado era algo que sobrepasaba la capacidad imaginativa de Mr. Williams, que dio la vuelta a la manera oscura con una

considerable dosis de desprecio; en la parte posterior había una etiqueta, a la que se había arrancado la mitad de la izquierda. Todo lo que quedaba era el final de dos líneas de escritura: en la primera aparecían las letras… *ngley Hall*; y en la segunda,… *ssex*.

Quizá mereciese la pena identificar el sitio representado, algo que Williams podía lograr sin dificultad con la ayuda de un diccionario geográfico; después devolvería el grabado a Mr. Britnell, con algunas observaciones negativas sobre la valoración hecha por su proveedor.

Williams encendió las velas, porque había oscurecido ya, hizo té, se lo ofreció al amigo con el que había estado jugando al golf (porque creo que las autoridades de la universidad sobre la que escribo practican ese deporte como distracción) y ambos lo tomaron acompañándolo con una conversación que las personas que juegan al golf se imaginarán sin la menor dificultad pero con la que un escritor responsable no tiene por qué abrumar a las personas ajenas a ese deporte.

La conclusión a la que llegaron fue que determinados golpes podrían haber sido mejores, y que en determinados

momentos cruciales ninguno de los dos jugadores había dispuesto de ese mínimo de suerte que cualquier ser humano tiene derecho a esperar. Fue después cuando el amigo —llamémoslo profesor Binks— cogió el grabado enmarcado y dijo:

—¿Qué sitio es este, Williams?

—Eso es precisamente lo que voy a tratar de averiguar —respondió su interlocutor, dirigiéndose a la estantería en busca del diccionario geográfico—. Mira detrás. Se trata de una casa cuyo nombre termina en *ngley*, en Sussex o en Essex. Falta la mitad, como puedes ver. ¿Tú no lo conocerás, por casualidad?

—Imagino que te lo ha enviado ese tal Britnell, ¿no es así? —dijo Binks—. ¿Es para el museo?

—Imagino que lo compraría si costara cinco chelines —dijo Williams—; pero por alguna misteriosa razón pide dos guineas. No se me alcanza el motivo. Es un grabado muy malo, y ni siquiera hay figuras para darle un poco de vida.

—No creo que valga dos guineas —respondió Binks—; pero no me parece tan malo como dices. La luz de la luna está bastante conseguida; y yo hubiera dicho que hay figuras, o por lo menos una figura, justo en la esquina, en primer plano.

—Déjame ver —intervino Williams—. Sí, es cierto que la luz está conseguida de manera bastante inteligente. ¿Y esa figura de la que hablas? ¡Ah, sí! Solo la cabeza, muy en primer plano.

Y efectivamente allí estaba —poco más que una mancha negra en el borde del grabado— la cabeza de un hombre o una mujer, tapada casi por completo, de espaldas al espectador y mirando hacia la casa.

—De todas formas —dijo—, aunque tiene más mérito de lo que pensaba, no me puedo gastar dos guineas del dinero del museo por un grabado de una casa desconocida.

El profesor Binks tenía que atender a sus ocupaciones y se marchó en seguida; y casi hasta la hora de la cena Williams se consagró al vano intento de identificar la propiedad representada en el grabado. «Si hubieran

dejado la vocal delante de *ng*, habría sido mucho más fácil», pensó, «pero tal como está el nombre puede ser cualquier cosa desde Guestingley a Langley, y hay muchos más nombres que terminan así de lo que yo creía; además este estúpido diccionario no tiene un índice de terminaciones».

En la residencia universitaria de Mr. Williams la cena era a las siete. No hay por qué detenerse en ella; tanto más cuanto que nuestro hombre se encontró con tres colegas que habían estado jugando al golf por la tarde, y de un lado a otro de la mesa se cruzaron animadamente frases que no nos conciernen: simples frases relacionadas con el golf, me apresuro a explicar.

Imagino que, después de cenar, Williams pasó una hora o algo más en la llamada sala común. Más avanzada la velada varios de los comensales se retiraron a las habitaciones del protagonista de nuestro relato, y estoy casi seguro de que se jugó al *whist* y se fumó. Durante una pausa en esas operaciones, Williams cogió de la mesa la manera oscura sin mirarla, y se la pasó a una persona algo interesada en arte, explicándole de dónde procedía y los restantes detalles que ya conocemos.

El caballero aludido la cogió distraídamente, la contempló y luego dijo con tono de cierto interés:

—Es un excelente trabajo, Williams; tiene todo el ambiente del período romántico. La luz, en mi opinión, está admirablemente utilizada y la figura, aunque es más bien demasiado grotesca, tiene mucha fuerza.

—¿Verdad que sí? —respondió Williams, que estaba en aquel momento ocupado sirviendo *whisky* con soda a algunos de los presentes, y no le era posible cruzar la habitación para ver de nuevo el grabado.

Para entonces se había hecho ya muy tarde y los visitantes se estaban marchando. Después de quedarse solo, Williams tuvo aún que escribir una carta o dos y terminar algunas tareas inconclusas. Finalmente, algo después de la medianoche, estuvo ya en condiciones de acostarse, y apagó la lámpara después de encender la palmatoria del dormitorio. El cuadro estaba boca arriba, sobre la mesa donde lo había dejado el último visitante que lo contemplara, y atrajo su atención mientras apagaba la lámpara. Lo que vio hizo que casi dejara caer la vela, y ahora confiesa que si se hubiera quedado a oscuras en aquel momento le habría dado un ataque. Pero, como eso

no sucedió, tuvo la suficiente presencia de ánimo para dejar la palmatoria sobre la mesa y examinar con calma el grabado. Era indudable; absolutamente imposible, desde luego, pero totalmente cierto. En mitad del césped delante de la casa desconocida había una figura, que no se hallaba allí a las cinco de la tarde, arrastrándose a cuatro patas en dirección a la casa y cubierta con una extraña vestidura negra con una cruz blanca en la espalda.

Ignoro cuál es la línea ideal de actuación en una situación de esta índole. Solo puedo contarles lo que hizo el señor Williams. Cogió el grabado por una esquina y lo llevó, pasillo adelante, a un segundo grupo de habitaciones que también ocupaba. Una vez allí lo encerró bajo llave en un cajón, cerró las puertas de los dos conjuntos de habitaciones y se acostó; pero antes redactó y firmó una descripción del extraordinario cambio que se había producido en el grabado desde que llegara a su poder.

Williams tardó en quedarse dormido; pero resultaba consolador pensar que la constatación del extraño comportamiento del grabado no dependía únicamente de su testimonio. Evidentemente la persona que lo había contemplado la noche anterior había visto lo mismo

prácticamente, porque de lo contrario Williams quizá tuviera la tentación de creer que algo terrible les estaba sucediendo a sus ojos o a su mente. Como esa posibilidad quedaba afortunadamente excluida, había dos cuestiones que tendría que resolver por la mañana. En primer lugar, era necesario examinar el cuadro con gran cuidado y llamar a un testigo con ese fin, y también hacer un decidido esfuerzo para averiguar la identidad de la casa representada. Por consiguiente, pediría a su vecino Nisbet que desayunara con él y a continuación emplearía la mañana en repasar el diccionario geográfico.

Nisbet no tenía ningún compromiso y se presentó a eso de las nueve y media. Su anfitrión no había terminado aún de vestirse, siento decirlo, a aquella hora tan avanzada. Durante el desayuno, Williams no dijo nada acerca del grabado a la manera oscura, excepto que deseaba conocer la opinión de Nisbet sobre una posible adquisición para el museo. Pero todas las personas que estén familiarizadas con la vida universitaria pueden imaginarse por sí mismas los muchos agradables temas sobre los que la conversación de dos miembros del claustro de Canterbury College puede extenderse durante un desayuno dominical. Prácticamente ningún tema dejó de

tocarse, desde el golf hasta el tenis. Sin embargo, resulta necesario explicar que Williams estaba francamente preocupado; porque, como es lógico, todo su interés se centraba en el extrañísimo grabado que reposaba, boca abajo, en un cajón de la habitación frontera.

Finalmente, ambos profesores encendieron su pipa matutina, y llegó el momento que Williams había estado esperando. Embargado por una considerable emoción —que casi podría calificarse de trémula— cruzó el pasillo, abrió el cajón, sacó el grabado —siempre vuelto al revés—, volvió a toda velocidad y se lo entregó a Nisbet.

—Ahora —dijo—, quiero que me digas exactamente lo que ves en ese cuadro. Descríbelo, si no te importa, con todo detalle. Después te diré por qué.

—De acuerdo —dijo Nisbet—; tengo delante una vista de una casa de campo, supongo que inglesa, a la luz de la luna.

—¿A la luz de la luna? ¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Parece tratarse de luna menguante, si quieres que sea más preciso, y hay nubes en el cielo.

—De acuerdo. Sigue. Juraría —añadió Williams en un aparte— que no había luna la primera vez que lo miré.

—Bueno, no hay mucho más que decir —continuó Nisbet—. La casa tiene una…, dos…, tres hileras de ventanas, con cinco en cada una, excepto la primera, donde hay un pórtico en lugar de la central y…

—Pero ¿qué me dices de las figuras? —Le interrumpió Williams, muy interesado.

—No hay ninguna —dijo Nisbet—; pero…

—¡Cómo! ¿Ninguna figura en el césped delante de la casa?

—Nada en absoluto.

—¿Estás dispuesto a jurarlo?

—Claro que sí. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Una de las ventanas del piso bajo, a la izquierda de la puerta, está abierta.

—¿Abierta? ¡Cielo santo! Debe de haber entrado —dijo Williams, con gran emoción; y se apresuró a situarse detrás del sofá donde se sentaba Nisbet para apoderarse del grabado y comprobar sus afirmaciones personalmente.

Era exactamente como su colega había dicho. No había ninguna figura y sí una ventana abierta. Williams, después de un momento de sorpresa que le dejó sin habla, se dirigió a su mesa de despacho y escribió durante unos minutos. Luego presentó dos papeles a Nisbet, le pidió primero que firmara uno —su propia descripción del cuadro, que ustedes acaban de oír— y luego que leyera el otro: la declaración de Williams escrita la noche precedente.

—¿Qué puede querer decir todo esto? —preguntó Nisbet.

—Esa es precisamente la cuestión —respondió Williams—. De todas formas hay una cosa que debo hacer…, más bien tres, ahora que lo pienso. Tengo que averiguar qué es exactamente lo que vio Garwood (su visitante de la noche anterior); luego fotografiar el

grabado antes de que siga adelante; y además tengo que descubrir de qué sitio se trata.

—Yo mismo me encargo de la fotografía —dijo Nisbet—, y voy a hacerlo en seguida. Pero, a decir verdad, tiene todo el aspecto de que estamos asistiendo a las diferentes etapas de una tragedia. La pregunta es, ¿ha sucedido ya o está todavía por producirse? Has de averiguar de qué casa se trata. Sí —dijo, contemplando de nuevo el grabado—, creo que estás en lo cierto: ha entrado ya. Y si no estoy equivocado, en alguna de las habitaciones superiores debe de estar pasando algo muy poco agradable.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo Williams—. Llevaré el grabado al viejo Green (el miembro de más edad del claustro de profesores, tesorero durante muchos años). Es muy probable que conozca la casa. Tenemos propiedades en Essex y Sussex, y debe de haberse pateado muy a fondo los dos condados en su época.

—Es muy posible que lo sepa —dijo Nisbet—; pero antes déjame que haga la fotografía. Aunque, ahora que lo pienso, me parece que Green no está hoy en la

universidad. Anoche no cenó con nosotros y creo haberle oído decir que se marchaba fuera.

—Es cierto —dijo Williams—; sé que ha ido a Brighton. Bueno, mientras haces la fotografía, iré a ver a Garwood para conseguir su declaración, y tú no pierdas de vista el grabado mientras estoy fuera. Empiezo a pensar que dos guineas no es un precio exorbitante.

Regresó al cabo de muy poco tiempo y trajo consigo a Mr. Garwood. Según la declaración de este último, la figura, cuando él la vio, se había separado del borde del cuadro, pero sin avanzar mucho sobre el césped. Recordaba una marca blanca en la parte posterior de su vestimenta, pero no estaba seguro de que fuera una cruz. A continuación, se redactó un documento en ese sentido, que Garwood firmó; después Nisbet procedió a fotografiar el grabado.

—¿Qué te propones hacer ahora? —preguntó—; ¿vas a pasarte todo el día vigilándolo?

—No; creo que no —respondió Williams—. Tengo el convencimiento de que estamos destinados a presenciarlo todo. Piensa que desde que yo lo vi anoche

hasta esta mañana ha habido tiempo para que sucedieran muchísimas cosas, pero la criatura no ha hecho más que entrar en la casa. Podría perfectamente haber acabado todo, y que la figura hubiera regresado a su lugar de origen; pero el hecho de que la ventana esté abierta, debe de querer decir, en mi opinión, que aún sigue ahí. De manera que no me preocupa dejar de mirarlo. Además, tengo la idea de que no va a cambiar mucho, o más bien nada, durante el día. Podemos salir a dar un paseo a primera hora de la tarde y regresar para el té o cuando empiece a oscurecer. Voy a dejar el grabado encima de la mesa y cerraré la puerta con llave. Podrá entrar mi criado, pero nadie más.

Los tres estuvieron de acuerdo en que aquel era un buen plan; y, además, si pasaban la tarde juntos era menos probable que hablaran del asunto con otras personas; porque cualquier rumor sobre lo que estaba sucediendo con el grabado serviría para que se les echara encima toda la Sociedad Fantasmológica.

De manera que podemos darles a los tres un respiro hasta las cinco.

A esa hora, poco más o menos, Williams y sus dos colegas empezaron a subir la escalera de Williams. Al principio les molestó un tanto ver que la puerta de sus habitaciones no estaba cerrada, pero en seguida recordaron que los domingos los criados se presentaban para pedir instrucciones alrededor de una hora antes que los días de entresemana. Sin embargo, les aguardaba una sorpresa. Lo primero que vieron fue el grabado apoyado contra un montón de libros encima de la mesa, tal como lo habían dejado, y lo siguiente fue al criado de Williams, sentado frente a él, contemplándolo con horror no disimulado. ¿Cómo era posible una cosa así? Mr. Filcher (no me he inventado el apellido[6]) era un servidor muy prestigioso que solventaba las dudas sobre criterios de etiqueta tanto en su residencia universitaria como en otras próximas, y nada más contrario a su habitual manera de comportarse que verse sorprendido ocupando el asiento de su señor, o dar la impresión de fijarse de manera especial en sus muebles o en sus cuadros. De hecho, él mismo pareció darse cuenta, porque se sobresaltó violentamente cuando los vio entrar en la habitación, y se puso en pie haciendo un gran esfuerzo. Luego dijo:

6 «Filcher» significa literalmente «ratero».

—Le ruego que me perdone, Mr. Williams, por haberme tomado la libertad de sentarme.

—No tengo nada que perdonarle. Robert —protestó el interpelado—. Precisamente tenía intención de preguntarle en algún momento su opinión sobre ese grabado.

—Verá usted, señor, no es que yo me imagine que mi opinión tiene tanto valor como la suya, pero no es el tipo de cuadro que yo colgaría donde mi hija pequeña pudiera verlo.

—No lo haría usted, ¿verdad, Robert? ¿Y por qué no?

—No lo haría, no señor. Y no lo haría porque recuerdo que una vez la pobre niña vio una Biblia con ilustraciones que no eran ni la mitad de impresionantes y después tuvimos que quedarnos levantados para hacerle compañía durante tres o cuatro noches, aunque le parezca a usted mentira; y si llegara a ver ese esqueleto, o lo que sea que hay ahí, llevándose al pobre bebé, le daría un ataque. Ya saben ustedes lo que pasa con los niños; lo nerviosos que se ponen con cualquier pequeñez y todo eso. Pero lo que yo digo es que no me parece un cuadro

para dejarlo por ahí, no señor; no para dejarlo por lo menos donde alguien esté expuesto a darse un susto si se lo encuentra. ¿Va a querer el señor alguna otra cosa más esta noche? Muchas gracias.

Y con esas palabras, aquel hombre excelente se dispuso a continuar su ronda por los otros apartamentos de la residencia, y pueden estar ustedes seguros de que los caballeros que dejó detrás no tardaron mucho tiempo en reunirse en torno al grabado.

Allí seguía la casa, bajo la luna menguante y las nubes arrastradas por el viento. La ventana abierta estaba cerrada, y una vez más había una figura sobre el césped, pero esta vez no se arrastraba cautelosamente sobre manos y rodillas. Ahora iba erguida y avanzaba de prisa, con largas zancadas, hacia la parte delantera del cuadro. La luna quedaba atrás, y el ropaje negro le caía por delante de la cara, de manera que era muy poco lo que podía verse, aunque lo bastante como para que los espectadores agradecieran sinceramente que no se distinguiera más que una frente semejante a una blanca cúpula y unos cuantos cabellos dispersos. Llevaba la cabeza inclinada, y los brazos apretaban un objeto que

podía distinguirse con dificultad y reconocerse como un niño, aunque era imposible decir si vivo o muerto. Solo las piernas de la aparición se veían con claridad, y eran horriblemente flacas.

Desde las cinco hasta las siete, los tres compañeros vigilaron el grabado por turnos, pero no sufrió ningún cambio. Finalmente estuvieron de acuerdo en que podían marcharse durante un rato, regresar después de la cena y esperar los acontecimientos.

Cuando volvieron a reunirse, cosa que hicieron lo antes posible, el grabado seguía allí pero la figura había desaparecido, y la casa permanecía en calma bajo los rayos de la luna. No cabía hacer otra cosa que dedicar la velada a la consulta de diccionarios geográficos y guías. Finalmente la suerte sonrió a Williams, y quizá se lo merecía. A las once y media de la noche leyó las siguientes líneas de la *Guía de Essex*, cuyo autor es Murray:

«Veinticinco kilómetros, *Anningley*. La iglesia fue un edificio interesante de época normanda, pero sufrió una amplia reconstrucción al estilo clásico en el siglo pasado. Contiene las tumbas de la familia Francis, cuya mansión, Anningley Hall, una sólida casa del período de la reina

Ana, con un parque de unas cuarenta hectáreas, se alza inmediatamente detrás del cementerio de la iglesia. La familia se ha extinguido, dado que el último heredero desapareció misteriosamente siendo aún niño, en el año 1802. Su padre, el señor Arthur Francis, era conocido en la zona como artista aficionado de mucho talento y autor de grabados a la manera oscura. Después de la desaparición de su hijo, vivió en la mansión familiar en completo aislamiento, y se le encontró muerto en su estudio en el tercer aniversario de la catástrofe, cuando acababa de terminar una manera oscura representando la casa, de la que actualmente es muy difícil encontrar ejemplares impresos».

La referencia parecía exacta y, efectivamente, el señor Green, al regresar, identificó inmediatamente la casa como Anningley Hall.

—¿Existe alguna explicación de la figura? —Fue la pregunta que lógicamente le hizo Williams.

—No tengo ninguna seguridad, como puede usted comprender. Lo que solía contarse allí, la primera vez que visité la zona, antes de venir a instalarme aquí, era únicamente esto: que el viejo Francis estaba muy en

contra de los cazadores furtivos, y siempre que tenía la oportunidad expulsaba de sus propiedades a los sospechosos, hasta que poco a poco se libró de todos, menos uno. Los terratenientes podían hacer entonces muchas cosas que ahora no se atreverían ni a pensar. Bien, pues el individuo que quedaba era lo que suele encontrarse con mucha frecuencia en esa región del país…, el último vástago de una familia muy antigua. Creo que sus antepasados fueron los señores de la mansión en otros tiempos. Recuerdo que en mi parroquia sucedió exactamente lo mismo.

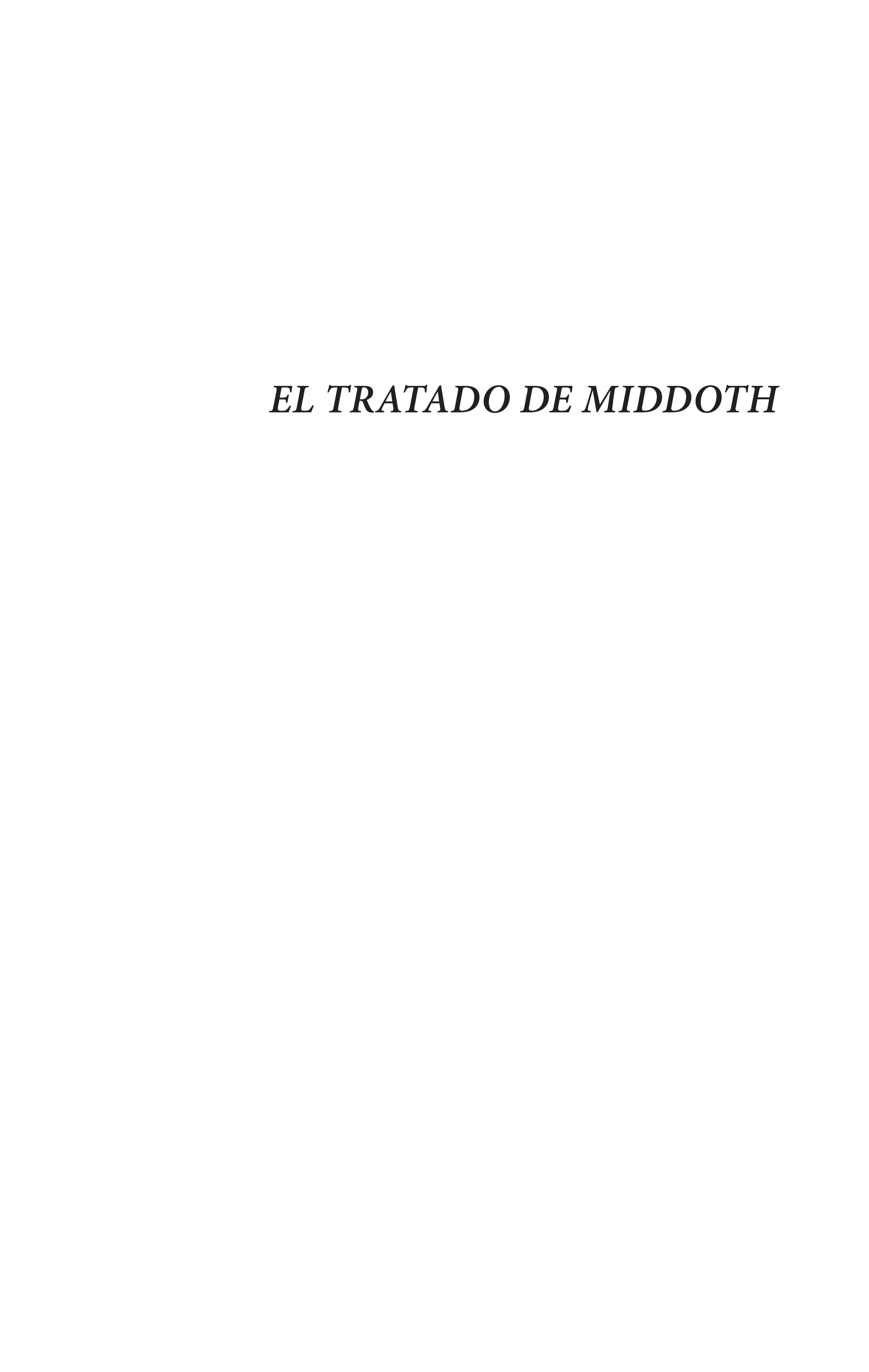
—Vaya, como el individuo de *Teresa de Urbervilles* —apuntó Williams.

—Supongo que sí, aunque no es un libro que vaya de acuerdo con mis gustos. Pero Aquel sujeto estaba en condiciones de mostrar una hilera de tumbas en la iglesia que pertenecían a sus antepasados, y todo eso le había agriado un tanto el carácter; pero Francis, según cuentan, nunca lograba atraparle (siempre se mantenía en el límite de lo ilegal), hasta que una noche los guardas lo encontraron en un bosque, justo en el límite de la propiedad. Todavía podría enseñarles el sitio; está junto

a unas tierras que pertenecían a un tío mío. Como ya se imaginan ustedes, hubo una pelea, y el individuo del que estoy hablando, Gawdy (así era como se llamaba, efectivamente, Gawdy; estaba seguro de que me acordaría, Gawdy), tuvo la mala suerte, ¡pobre desgraciado!, de matar de un tiro a un guardabosques. Bueno, eso es lo que Francis quería; eso y un jurado de acusación (ya saben ustedes cómo funcionaban entonces), y al pobre Gawdy lo colgaron en menos que canta un gallo; a mí me enseñaron el sitio donde está enterrado, en el lado norte de la iglesia; ya saben cómo se hacen las cosas en esa parte del mundo: a los que ahorcan o se quitan la vida los entierran en ese lado. Y lo que se creía por entonces era que algún amigo de Gawdy (no alguien de su familia, porque no le quedaba ningún pariente, ¡pobre diablo!, él era el último de su linaje: *spes ultima gentis*, por así decirlo) debió planear apoderarse del chico de Francis y acabar también con su linaje. No estoy seguro, claro; es una cosa bastante fuera de lo corriente para que se le ocurra a un cazador furtivo de Essex, pero, si me lo preguntan ustedes, les diré que ahora parece que el viejo Gawdy se las apañó para hacer personalmente el trabajo. ¡Brrr! ¡No me gusta nada pensar en ello! ¡Un poco de *whisky*, Williams!

Williams comunicó los hechos a Dennistoun quien, a su vez, los transmitió a un grupo heterogéneo, uno de cuyos componentes era yo, y otro el catedrático saduceo de ofiología. Siento tener que decir que este último, al preguntarle su opinión sobre la historia, dijo únicamente: «¡Bah! Esos tipos de Bridgeford son capaces de contar cualquier cosa», comentario que recibió la acogida que se merecía.

Solo me queda añadir que el grabado se encuentra actualmente en el museo Ashleiano; que ha sido tratado con el propósito de descubrir la posible utilización de tinta simpática, sin ningún resultado positivo; que Mr. Britnell no sabía nada de aquella historia, aunque estaba seguro de que el cuadro se salía de lo corriente; y que, a pesar de que ha sido vigilado con gran atención, no se sabe que haya vuelto a experimentar ningún cambio.



EL TRATADO DE MIDDOTH

A fines de una tarde de otoño, un hombre anciano, de rostro delgado y canosas y pobladas patillas, empujó la puerta giratoria que conduce al vestíbulo de una famosa biblioteca y, dirigiéndose a uno de los empleados, declaró que se creía autorizado para utilizar la biblioteca y preguntó si podía retirar un libro. Sí, siempre que estuviera en la nómina de los que gozan de tal privilegio. Él extrajo su tarjeta —Mr. John Eldred— y, una vez consultado el registro, recibió una respuesta favorable.

—Ahora, otra cosa —dijo él—. Hace mucho que no vengo y temo perderme en este edificio; además, pronto será la hora de cerrar y me hace daño andar apresurándome para subir y bajar escaleras. Aquí tengo el título del libro que necesito: ¿hay alguien que esté libre para ir a buscármelo?

Después de un instante de reflexión, el portero le hizo señas a un joven que pasaba.

—Mr. Garrett —le dijo—, ¿dispone usted de un minuto para atender a este caballero?

—Con sumo placer —respondió Mr. Garrett y recibió la ficha con el título que le alcanzaban—. Creo que

podré encontrarlo; casualmente está en la sección que inspeccioné hace poco, pero consultaré el catálogo por si acaso. Supongo que usted necesita esta edición en particular, ¿no es así, señor?

—Sí, por favor; esa, y no otra —dijo Mr. Eldred—. Se lo agradezco muchísimo.

—De ningún modo, señor —respondió Mr. Garrett y se apresuró a ir en busca del libro.

—Ya me parecía —se dijo a sí mismo, cuando su dedo, recorriendo las páginas del catálogo, se detuvo ante determinado título—. *Talmud: Tratado Middoth, con el comentario de Nachmanides*, Amsterdam, 1707, 11.334. Sección Hebreo, por supuesto. No es una tarea muy difícil.

Mr. Eldred, arrellanado en un sillón del vestíbulo, aguardó con ansiedad el regreso de su mensajero, y no ocultó su decepción al ver que Mr. Garrett bajaba las escaleras con las manos vacías.

—Lamento desilusionarlo, señor —dijo el joven—, pero el libro no está.

—¡Oh, caramba! —exclamó Mr. Eldred—. ¿De veras? ¿Está usted seguro de no equivocarse?

—Ya lo creo, señor; pero es posible, si espera usted un minuto, que le presente al caballero que lo retiró. No debe tardar en irse de la biblioteca, creo haberlo visto sacar ese libro de la estantería.

—¡Pero caramba! No lo reconocería, supongo. ¿Era un profesor o un estudiante?

—No sé: estoy seguro de que no era un profesor. Lo habría reconocido; pero a esta hora no hay muy buena iluminación en ese sector de la biblioteca, y no le pude ver el rostro. Yo diría que era un anciano caballero de baja estatura, quizá un clérigo, cubierto con una capa. Si usted aguarda, no tardaré en averiguar si él necesita el libro con mucha urgencia.

—No, no —dijo Mr. Eldred—. Yo no… no puedo esperar ahora, se lo agradezco, pero debo irme. Intentaré pasar de nuevo mañana, si puedo, y quizá usted haya averiguado quién era.

—Seguro, señor. Tendré el libro para usted si…

Pero Mr. Eldred ya se había marchado, a mayor velocidad de la que uno podía juzgar saludable para él.

Garrett disponía de un momento libre y pensó: «Volveré a ese sector para ver si puedo encontrar al viejo. Es casi seguro que pueda postergar la consulta del libro por unos pocos días. No creo que el otro lo necesite por mucho tiempo». De modo que se dirigió a la sección Hebreo, pero cuando llegó allí no había nadie, y el volumen marcado 11.3.34 ocupaba su sitio en el anaquel. Para la autoestima de Garrett era ultrajante no haber satisfecho a un usuario sin que mediara razón alguna; le habría gustado, de no atentar así contra las normas de la biblioteca, bajar el libro al vestíbulo en ese mismo momento, para que estuviera disponible en cuanto apareciera Mr. Eldred. A la mañana siguiente, de todas maneras, este le buscaría a él, de modo que le rogó al portero que le avisara llegado el momento. De hecho, se hallaba en el vestíbulo cuando vino Mr. Eldred, poco después de que abrieran la biblioteca, y cuando en el edificio no había casi nadie, salvo el personal.

—Lo siento mucho —le dijo—, no suelo cometer errores tan estúpidos con frecuencia, pero estaba seguro

de que el anciano que vi sacaba precisamente ese libro y lo mantenía en la mano sin abrirlo, como suele hacer la gente, sabe usted, señor, que se propone retirar un libro y no meramente consultarlo. No obstante, iré arriba de inmediato y se lo traeré.

Hubo una pausa. Mr. Eldred se acercó a la entrada, leyó todos los avisos, consultó su reloj, se sentó y miró las escaleras, hizo cuanto suele hacer un hombre muy impaciente, hasta que transcurrieron unos veinte minutos. Por fin se dirigió al portero y preguntó si el sector de la biblioteca adonde había ido Mr. Garrett quedaba muy lejos.

—Bueno, precisamente eso me llamaba la atención, señor: él suele ser muy rápido; es probable que lo haya mandado llamar el bibliotecario, pero creo que en ese caso le habría dicho que usted estaba esperándole. Vamos a ver qué pasa; me comunicaré con él.

Y eso fue, en efecto, lo que hizo. A medida que recibía la respuesta su rostro se transformó, y formuló un par de preguntas suplementarias que le fueron contestadas con brevedad. Luego volvió a su mostrador y habló en voz más baja.

—Lamento informarle, señor, que algún inconveniente parece haberle ocurrido a Mr. Garrett. No estaba muy bien, parece, y el bibliotecario lo mandó a casa en un coche, por la otra salida. Algo así como un ataque, parece.

—¿De veras? ¿Quiere usted decir que alguien lo hirió?

—No, señor, ninguna violencia, sino, me parece, que ha sido un ataque, como se dice, de enfermedad. Mr. Garrett no es una persona de constitución muy fuerte. Pero en cuanto a su libro, señor, quizás usted pueda encontrarlo por su propia cuenta.

Lamento que haya tenido inconvenientes dos veces seguidas…

—Eh… bueno, pero siento muchísimo que Mr. Garrett haya enfermado tan repentinamente mientras me hacía un favor. Creo que debo dejar el libro e ir a verlo a él. Supongo que usted podrá darme la dirección… ¡Ah!, y otra pregunta. ¿Vio usted si un anciano, quizás un clérigo, con… este… una capa negra, se marchó ayer de la biblioteca después de mí? Es posible que a lo mejor fuera un… es decir, que acaso esté parando… o mejor dicho, quizá yo lo conozca.

—Con capa negra, no, señor. Solo dos caballeros se fueron después que se retiró usted, señor, y los dos eran jóvenes. Uno era Mr. Carter, que se llevó un libro de música, y otro un profesor, que se llevó un par de novelas. Eso fue todo, señor; después salí muy satisfecho a tomar el té. Gracias, señor, muy agradecido.

Mr. Eldred, aún preso de ansiedad, partió de inmediato al domicilio de Mr. Garrett, pero el joven todavía no estaba en condiciones de recibir visitas. Se hallaba mejor, pero la casera juzgaba que sin duda había recibido una intensa conmoción, y pensaba, según las prescripciones del médico, que solo podría verlo al día siguiente. Mr. Eldred regresó a su hotel al caer la tarde, y temo que pasó una mala noche.

Al día siguiente pudo ver a Mr. Garrett. Este, cuando se hallaba bien, era un joven alegre y de agradable aspecto. Ahora estaba pálido y trémulo, acurrucado en un sillón junto al fuego, y demostraba cierta propensión a vigilar la puerta. Sin embargo, si bien había visitantes a quienes no estaba dispuesto a recibir, Mr. Eldred no se contaba entre ellos.

—Soy yo, en realidad, quien le debe a usted una disculpa, y ya desesperaba de poder ofrecérsela, pues ignoraba su domicilio. Me alegro mucho de que haya venido. De veras lamento causar tantos problemas, pero, sabe usted, no podría haber previsto esto… este ataque que tuve.

—Por supuesto que no; pero vea, yo algo entiendo de medicina. Discúlpeme las preguntas: doy por supuesto que ya habrá recibido muy buenos consejos. ¿Acaso tuvo una caída?

—No. Caí al suelo… pero no desde un lugar alto. En realidad padecí una conmoción.

—O sea que algo lo sorprendió. ¿Fue algo que creyó ver?

—Creo que no se trata de creerlo. Sí, fue algo que vi. ¿Recuerda cuándo fue a la biblioteca por primera vez?

—Sí, por supuesto. Bueno, permítame suplicarle que no intente describirlo… no creo que sea bueno para su salud recordarlo.

—Pero ocurre que para mí sería un alivio contárselo a alguien como usted: quizá pueda darme una explicación. Sucedió cuando me dirigía a la sección donde está su libro…

—Por cierto, Mr. Garrett, se lo suplico; además, mi reloj me dice que me queda muy poco tiempo para hacer el equipaje y tomar el tren. No, ni una palabra más, quizá lo agite más de lo que usted imagina. Hay otra cosa que quería decirle. Me siento indirectamente responsable por este malestar y quisiera costear los gastos que…

Pero tal oferta fue rechazada en el acto. Mr. Eldred, sin insistir, se marchó casi de inmediato, pero no sin que Mr. Garrett le hubiese urgido a tomar nota del número de fichero del *Tratado Middoth*, que, según dijo, Mr. Eldred podía obtener cómodamente por su cuenta. Pero Mr. Eldred no reapareció en la biblioteca.

William Garrett recibió ese día otra visita, un joven de su edad y colega de la biblioteca, un tal George Earle. Earle era uno de los que había hallado a Garrett cuando este yacía sin sentido en el suelo de la «sección» o cubículo (que daba al corredor central de una vasta galería) donde

estaban los libros hebreos, y Earle, naturalmente, estaba muy inquieto por el estado de su amigo. Apenas cerraron la biblioteca acudió a su alojamiento.

—Bueno —dijo, después de hablar de otros temas—, no sé qué es lo que te hizo mal, pero me da la impresión de que hay algo raro en la atmósfera de la biblioteca. Antes de encontrarte, venía por la galería con Davis y le pregunté si no sentía un olor a moho, que no podía ser saludable. Si uno convive mucho tiempo con semejante olor, y te aseguro que era realmente insoportable, debe meterse en el organismo y perjudicarlo de algún modo, ¿no te parece?

Garrett meneó la cabeza.

—Estoy de acuerdo en lo que dices del olor… pero no se percibe siempre, aunque lo he advertido en los dos últimos días… una especie de olor a polvo, penetrante y poco natural. Pero no… no fue eso lo que me afectó. Fue algo que vi. Y quiero contártelo. Fui a la sección Hebreo para buscar un libro que me había pedido un hombre que esperaba abajo. El día anterior, con ese mismo libro, había cometido un error. Lo había ido a buscar para la misma persona, y estuve seguro de ver a un anciano

sacerdote, envuelto en una capa, que lo sacaba. Le dije al hombre que habían retirado el libro, y él se fue para regresar al día siguiente. Entonces volví, por si el clérigo estaba dispuesto a dejármelo: no había ningún clérigo, y el libro se hallaba en el estante. Bueno, ayer, como te decía, fui de nuevo. Esta vez, bueno… eran las diez de la mañana, como recordarás, y ese lugar estaba más iluminado que nunca; allí estaba el clérigo otra vez, de espaldas a mí, mirando los libros del estante que yo necesitaba. Había dejado el sombrero sobre la mesa, y era calvo. Esperé un instante, mirándolo con cierta atención. Te digo que tenía una calva muy desagradable. Me parecía seca, terrosa, y las hebras de cabello que le quedaban eran similares a una telaraña. Bueno, hice un poco de ruido a propósito, tosí y moví los pies. Se volvió y me mostró el rostro, que yo jamás había visto. Te aseguro que no me equivoco. Aunque, por una u otra razón, no pude apreciar la parte inferior de la cara, vi la parte superior, y era absolutamente seca, con los ojos muy hundidos, y sobre estos, desde las cejas hasta los pómulos, había espesas telarañas. Como suele decirse, fue demasiado para mí, y ya no recuerdo nada más.

Las explicaciones que Earle dio de tal fenómeno no son de mayor interés; en todo caso, no lograron convencer a Garrett de que él no había visto lo que había visto.

Antes de que William Garrett regresara a su trabajo, el bibliotecario insistió en que se tomara una semana de reposo y que cambiara de ambiente. A los pocos días, por lo tanto, Garrett estaba en la estación, con su maleta, y buscaba un compartimiento para fumadores en el cual viajar hasta Burnstow-on-Sea, donde jamás había estado. Descubrió uno que le pareció el indicado. Pero al acercarse vio, frente a la puerta, una figura tan semejante a la de su ingrato recuerdo que, vencido por la náusea y casi sin saber qué hacía, abrió la puerta del compartimiento más próximo y se precipitó en él como si la muerte estuviera pisándole los talones. El tren se puso en marcha; debía haberlo dominado una extrema debilidad, pues lo que percibió a continuación fue el aroma de un frasco que le aplicaban en la nariz. Su médico era una encantadora anciana, quien, junto con su hija, era el único pasajero que había en el vagón.

A no ser por tal circunstancia, difícilmente hubiese entablado conversación con sus compañeras de viaje.

Pero, dada la situación, los agradecimientos, las preguntas y los comentarios generales fueron inevitables; y Garrett, antes de que el viaje culminara, no solo contaba con un médico, sino con alguien que lo alojara, pues Mrs. Simpson alquilaba habitaciones en Burnstow cuyas características, al parecer, las hacían harto convenientes. En esa época del año no había nadie en el lugar, de modo que Garrett compartió con frecuencia la compañía de madre e hija, que juzgaba más que aceptable. Trabó con ellas una relación tan favorable que a la tercera noche de su estancia lo invitaron a pasar la velada en su salón privado.

La charla reveló que Garrett trabajaba en una biblioteca.

—Ah, las bibliotecas son lugares muy acogedores —comentó Mrs. Simpson, dejando su labor con un suspiro—, pero lo cierto es que a mí los libros me han jugado una mala pasada o, al menos, uno de ellos.

—Bueno, los libros son mi medio de vida, Mrs. Simpson, y lamentaría pronunciar una palabra en contra de ellos: siento enterarme de que le hayan causado algún daño.

—Quizá Mr. Garrett pueda ayudarnos a resolver nuestro enigma, madre —adujo Miss Simpson.

—No quiero comprometer a Mr. Garrett en una búsqueda que acaso lleve una vida, querida, ni incomodarlo con nuestros problemas personales.

—Pero si usted cree que existe una mínima probabilidad de que les sea útil, Mrs. Simpson, le encarezco que me diga cuál es ese enigma. Si se trata de aclarar algo con respecto a un libro, como usted comprenderá mi situación es inmejorable para el caso.

—Sí, comprendo, pero lo peor es que ignoramos el nombre del libro.

—¿Y no saben de qué se trata?

—No, tampoco.

—Solo que creemos que no está escrito en inglés, madre… lo cual no es una pista muy valiosa.

—Bien, Mr. Garrett —dijo Mrs. Simpson que aún no había retomado su labor y contemplaba pensativamente

el fuego—. Le contaré la historia. ¿Le puedo pedir, por favor, que no se la revele a nadie? Gracias. Es esta. Yo tenía un anciano tío, un tal Dr. Rant. Es posible que usted haya oído hablar de él. No porque fuera un hombre eminente, sino por el curioso modo en que dispuso que lo sepultaran.

—Creo haber visto el nombre en alguna guía turística.

—Puede ser —dijo Miss Simpson—. ¡Qué hombre más espantoso! Dejó instrucciones según las cuales debían ponerlo, sentado ante una mesa con su ropa habitual, en un recinto de ladrillos que había construido bajo tierra en un predio vecino a su casa. La gente de la zona, por supuesto, afirma haberlo visto por allí, con su vieja capa negra.

—Bueno, querida —prosiguió Mrs. Simpson—, no sé mucho al respecto, pero el hecho es que murió hace más de veinte años. Era clérigo, aunque por cierto no imagino cómo llegó a serlo. Pero no ejerció durante los últimos años de su vida, lo que me parece bien; vivía en su propia finca, una hermosa propiedad no muy lejos de aquí. No tenía esposa ni familia; solo una sobrina, o sea yo, y un sobrino, pero no tenía particular predilección por

ninguno de los dos… y, dicho sea de paso, por nadie en general. En todo caso, mi primo le gustaba más que yo, pues John se le parecía mucho más por su temperamento y (temo que debo declararlo) por sus mezquindades. Habría sido diferente si yo hubiese sido soltera; pero era casada, lo que no era de su agrado. Muy bien: ahí estaba él con su finca y una buena suma de dinero, según supimos, a su completa disposición, y se suponía que nosotros (mi primo y yo) lo heredaríamos, a su muerte, por partes iguales. Un invierno, hace más de veinte años, según decía, enfermó, y me mandaron llamar para cuidarlo. Entonces aún vivía mi marido, pero el viejo no quería saber nada de él. Al llegar a la casa, vi que mi primo se alejaba de ella en un cabriolé y, por lo que noté, de muy buen ánimo. Entré e hice lo que pude por mi tío, pero no tardé en advertir que esa sería su última enfermedad; también él lo sabía. El día anterior a su muerte me hizo sentar junto a él todo el tiempo, y vi que había algo, y probablemente algo desagradable, que tenía intención de revelarme y que postergaba tanto como sus fuerzas se lo permitían, temo que con el expreso propósito de mantenerme intrigada. Aunque al fin me lo confesó:

—Mary —me dijo—, Mary, hice testamento a favor de John: él es dueño de todo, Mary.

Bueno, por supuesto que fue una amarga sorpresa, pues nosotros (mi marido y yo) no éramos gente adinerada, y si él hubiese podido vivir más holgadamente, creo que su existencia se habría prolongado. Pero poco o nada le dije a mi tío, salvo que tenía el derecho de actuar según su voluntad: en parte porque no se me ocurría nada que decirle, y en parte porque estaba segura de que aún había más; lo había, en efecto.

—Pero, Mary —me dijo—, John no me gusta mucho, y redacté otro testamento a tu favor. Tú puedes ser dueña de todo. Solo que debes hallar el testamento, ¿entiendes? Y no tengo ninguna intención de revelarte dónde está.

Luego comenzó a reírse, y yo aguardé, pues una vez más estuve segura de que él no había concluido.

—Así me gusta —dijo después de un rato—, espera, y te diré tanto como a John. Pero déjame recordarte que no podrás acudir a la ley con lo que te diga, pues no dispondrás de ninguna prueba salvo tu propia palabra y creo que John es el menos adecuado para

oficiar de testigo, llegado el caso. Estupendo, pues, eso queda aclarado. Ahora bien, se me ocurrió no redactar ese testamento de un modo ordinario, de manera que lo escribí en un libro, Mary, en un libro. Y hay varios miles de libros en esta casa. Pero cálmate, no te tomes la molestia de revisarlos, pues no es uno de ellos. Está muy bien guardado en otro lugar: un lugar donde John puede ir y descubrirlo cualquier día, con solo enterarse, y tú no. Es un buen testamento: está firmado y testificado como corresponde, aunque no creo que a los testigos los descubras muy pronto.

Aún guardé silencio; si hubiese esbozado el mínimo movimiento, habría sido para aferrar a ese viejo miserable y sacudirlo. Él se reía para sus adentros, y al final dijo:

—Bueno, bueno, veo que lo has tomado con calma, y como quiero que los dos empiecen en igualdad de condiciones, y John tiene cierta ventaja, pues puede ir a donde está el libro, te diré un par de cosas que a él no le dije. El testamento está en inglés, pero, si alguna vez llegas a verlo, no te darás cuenta de ello. Esa es una, y la otra es que cuando yo muera hallarás un sobre dirigido a ti sobre mi escritorio, y en su interior algo que podría ayudarte en la búsqueda, si tienes suficiente ingenio.

Murió pocas horas más tarde, y si bien apelé a John Eldred por ese motivo…

—¿John Eldred? Discúlpeme, Mrs. Simpson… creo conocer a un tal John Eldred. ¿Qué aspecto tiene?

—Hará diez años que lo vi por última vez. Hoy sería un hombre delgado, algo más que maduro, y a menos que se las haya afeitado, tendría las mejillas cubiertas por pobladas…

—… patillas. Sí, ese es el hombre.

—¿Dónde lo conoció usted, Mr. Garrett?

—No creo poder recordarlo —mintió Garrett—, en algún lugar público tal vez. Pero usted no había concluido la historia.

—En realidad no tengo mucho que añadir, salvo que John Eldred, por supuesto, jamás prestó atención a mis cartas y ha gozado de la finca a partir de entonces, mientras que mi hija y yo hemos debido dedicarnos al hospedaje en esta región, el cual, debo decir, no resultó tan ingrato como yo temía.

—Pero en cuanto al sobre…

—¡Ah, es cierto! Bueno, ese es nuestro enigma. Alcánzale a Mr. Garrett el papel que hay en mi escritorio.

Se trataba de una pequeña tarjeta que solo tenía cinco cifras sin ninguna separación: 11334.

Mr. Garrett reflexionó, y sus ojos se iluminaron. Súbitamente hizo una mueca y preguntó:

—¿Supone que Mr. Eldred dispone de alguna pista que no tenga usted, con respecto al título del libro?

—A veces creo que sí, y por lo siguiente: mi tío debió de hacer testamento muy poco antes de morir, creo que eso fue lo que él mismo dijo, y se deshizo del libro casi de inmediato. Pero todos sus libros estaban escrupulosamente catalogados; John tiene el catálogo, y puso especial cuidado en que ningún libro, de la especie que fuera, fuese vendido, con el objeto de que no saliera de la casa. Yo sé que él suele frecuentar libreros y bibliotecas, así que imagino que ha de haber descubierto qué libros faltan de la biblioteca de mi tío, de los que están registrados en el catálogo, y debe andar en su busca.

—Entiendo, entiendo —dijo Mr. Garrett y se sumió en sus reflexiones.

Al día siguiente recibió una carta que, según le explicó con gran aflicción a Mrs. Simpson, hacía imprescindible que interrumpiera su permanencia en Burnstow.

Aunque deploraba dejarlas (y no menos deploraban ellas su partida) presentía el comienzo de una crisis de suma importancia para Mrs. (y, ¿debemos aclararlo?, para Miss) Simpson.

Durante el viaje en tren Garrett se sentía intranquilo y excitado. Se esforzó por recordar si la signatura del libro que había solicitado Mr. Eldred tenía alguna relación con las cifras consignadas en la tarjeta de Mrs. Simpson. Pero, consternado, advirtió que la conmoción sufrida la semana anterior lo había afectado a tal punto que no podía recordar nada en cuanto al título o naturaleza del volumen, o aun del sector donde lo había buscado. Y, sin embargo, los otros sectores de la biblioteca perduraban en su memoria con toda nitidez.

Había otro detalle (y al recordarlo dio un furioso golpe en el piso): al principio había vacilado —y luego

se había olvidado—, en preguntarle a Mrs. Simpson el nombre del lugar donde vivía Eldred. Eso, al menos, podría preguntárselo por carta.

Por lo menos, las cifras del papel le brindaban una pista. Si se referían a una signatura de la biblioteca, solo cabía una cantidad restringida de interpretaciones: 1.13.34, 11.33.4 o 11.3.34. Le bastarían unos minutos para comprobarlo, y si faltaba alguno de esos volúmenes, contaba con todos los medios para localizarlo. Emprendió la tarea en el acto, aunque tuvo que dedicar algunos minutos a explicarle a la casera de su alojamiento y a sus colegas por qué había regresado tan pronto. El 1.13.34 estaba en su lugar y no contenía ningún texto extraño. Al aproximarse al Sector 11, en la misma galería, recibió el impacto de su ingrato recuerdo. Pero debía proseguir. Después de inspeccionar el 11.33.4 (que fue el primero que halló, y que era un libro totalmente nuevo), recorrió con los ojos los *in-quarto* de la signatura 11.3. Halló el hueco que temía: faltaba el 34. Se aseguró de que el volumen no había sido mal colocado, y luego se dirigió al vestíbulo.

—¿Salió el 11.3.34? ¿Recuerda el número?

—¿Recordar el número? ¿Por quién me toma, Mr. Garrett? Vea, ahí tiene las tarjetas; revíselas usted mismo, ya que tiene el día libre.

—Bueno, ¿entonces volvió a venir un tal Mr. Eldred? Ese caballero que estuvo el día en que enfermé. ¡Vamos! Debería recordarlo.

—¿Qué se piensa? Por supuesto que lo recuerdo: no, no anduvo por aquí desde que usted salió con permiso. Aunque… veamos. Roberts se acordará. Roberts, ¿te acuerdas del apellido Eldred?

—Claro —dijo Roberts—. Ese que mandó un chelín como adelanto por el franqueo de su encargo, y ojalá todos hicieran así.

—¿Es decir, que le han enviado libros a Mr. Eldred? ¡Vamos, hablen! ¿Le enviaron alguno?

—Bueno, mire, Mr. Garrett: si un caballero envía su tarjeta como corresponde y el secretario dice que este libro puede salir y en la nota uno ya tiene la dirección para el encargo y le mandan una suma de dinero suficiente para cubrir los gastos de ferrocarril, ¿qué hubiera hecho

usted, Mr. Garrett, si puedo atreverme a preguntárselo? ¿Se hubiese usted tomado o no la molestia de mandarlo o hubiese tirado el papel debajo del mostrador y…?

—Actuó usted con toda corrección, Hodgson, por supuesto… con toda corrección. Solo quiero pedirle que por favor me facilite la tarjeta que envió Mr. Eldred, para averiguar su domicilio.

—Naturalmente, Mr. Garrett; mientras no me importunen para informarme que no conozco mi deber, estoy dispuesto a facilitar lo que sea, mientras esté dentro de mis posibilidades. La tarjeta está allí, en el archivo. J. Eldred, 11.3.34. Título de la obra:

T-a-l-m… bueno, ahí la tiene, haga lo que quiera con ella… No es una novela, estoy casi seguro. Y aquí está la nota de Mr. Eldred donde pide el libro en cuestión, que, por lo que veo, él considera indispensable.

—Gracias, gracias. ¿Pero la dirección? No hay ninguna en la nota.

—Ah, cierto; a ver… espere, Mr. Garrett, la tengo. Bueno, esa nota vino dentro de la caja, que estaba

preparada con mucho cuidado para evitar inconvenientes, lista para ser devuelta con el libro en su interior; y si algún error cometí en todo este asunto es el hecho de que me olvidé de registrar la dirección en mi libreta, esta que ve usted. Seguro que tuve buenas razones para no registrarla, pero, en fin, ahora no tengo tiempo, y seguro que usted tampoco, para averiguar cuáles fueron. Y… no, Mr. Garrett, no las conservo en mi memoria, si no para qué voy a hacer anotaciones en mi libreta… usted ve, es una libreta ordinaria, nada más, donde asiento todos los nombres y direcciones cuando me parece conveniente.

—Es una medida admirable, sin duda… pero… bueno, muchas gracias. ¿Cuándo salió el encargo?

—A las diez y media, esta mañana.

—Oh, bien; y ahora es apenas la una.

Garrett fue arriba, sumido en sus cavilaciones. ¿Cómo conseguir ese domicilio? Un telegrama a Mrs. Simpson: pero podía perder un tren si aguardaba la respuesta. Sí, había otra posibilidad. Ella había dicho que Eldred vivía en la finca de su tío. En tal caso, él podía hallar el lugar asentado en el libro de donaciones, que, como ahora

conocía el título de la obra, no tardaría en verificar. No tardó, en efecto, en acudir al registro y, como sabía que el viejo había muerto hacía más de veinte años, le dio un amplio margen y retrocedió hasta 1870. Había una sola anotación posible: «1875, 14 de agosto, *Talmud: Tractatus Middoth cum comm. R. Nachmanidae*, Amstelod, 1707; donado por J. Rant, doctor en teología, de Bretfield Manor».

Una guía de localidades indicaba que Bretfield se hallaba a tres millas de una pequeña estación de la línea principal. Ahora correspondía preguntarle al portero si el nombre inscrito en el encargo era algo así como Bretfield.

—No, nada parecido. Ahora que usted lo menciona, Mr. Garrett, era algo como Bradfield o Brudfielt, pero nada parecido a ese nombre que dice usted.

Hasta allí, perfecto. Ahora, un horario. Podía tomar un tren en veinte minutos, y el viaje llevaría más de dos horas. Era la única oportunidad, pero no podía perderla. Y alcanzó el tren.

Si en su último viaje se había sentido nervioso, en este nuevo que realizaba, prácticamente se puso frenético. ¿Qué podría decirle a Eldred en caso de encontrarlo? ¿Que habían descubierto que el libro era una rareza y que debía devolverlo? Una falsedad evidente. ¿O que suponían que contenía importantes notas manuscritas? Eldred, por supuesto, le mostraría el libro, del cual ya habría arrancado la página. Acaso hallara rastros de la mutilación (un borde de la guarda desgarrada, probablemente) pero, en tal caso, ¿quién podría objetar lo que por cierto alegaría Eldred, que también él había advertido y deplorado el destrozo? Parecía una persecución sin esperanzas. La única oportunidad era esta: el libro había salido de la biblioteca a las 10.30, era, por tanto, improbable que lo hubiesen despachado en el primer tren, a las 11.20; si contaba con esa garantía, quizá tuviera la suerte de llegar al mismo tiempo que el encargo y tramar alguna historia que indujera a Eldred a entregárselo.

Al caer la tarde, descendió en el andén de la estación que, como la mayoría de las estaciones rurales, observaba un silencio poco natural. Aguardó a que se alejara el par

de pasajeros que descendió con él y luego le preguntó al jefe de estación si Mr. Eldred vivía en las inmediaciones.

—Sí, muy cerca de aquí, me parece. Creo que va a pasar por aquí para recoger un envío —y le preguntó al mozo de cordel—: ¿Hoy ya pasó una vez por ese asunto, no es verdad, Bob?

—Sí, señor, así es. Y parecía pensar que yo tenía la culpa de que no hubiese llegado a las dos. De todos modos, aquí lo tengo —Y el hombre exhibió un paquete cuadrado, al que Garrett echó una rápida mirada que le aseguró que contenía cuanto a él le interesaba en ese instante.

—¿Bretfield, señor? Sí… a unas tres millas. Si uno toma el atajo que atraviesa estos tres predios, el trayecto se reduce en media milla. Mire: ahí viene el cochecito de Mr. Eldred.

Apareció un vehículo con dos hombres; Garrett, al cruzar la parte trasera de la estación, reconoció en el acto a uno de ellos. El hecho de que condujera Eldred de algún modo lo favorecía, pues lo más probable era que no abriera el paquete en presencia de su sirviente.

Por otra parte, no tardaría en llegar a su casa, y a menos que Garrett llegara unos minutos antes, todo concluiría. Debía apresurarse; su atajo lo guio por uno de los lados de un triángulo, mientras que el cochecito debía recorrer los otros dos, y además había que contar con una leve demora en la estación; Garrett recorría el tercer predio cuando oyó el cercano rechinar de las ruedas. Había avanzado cuanto le era posible, pero la velocidad del cochecito lo indujo a desesperar de su propósito: a ese ritmo, sin duda llegarían a la casa diez minutos antes que él, y diez minutos eran más que suficientes para que Mr. Eldred cumpliera su propósito.

En ese preciso instante la suerte sufrió un vuelco. En la quietud del anochecer, cada sonido se destacaba con nitidez. Jamás sonido alguno provocó tanto alivio como el que percibió Garrett: el cochecito se había detenido. Hubo un intercambio de palabras; luego el vehículo prosiguió su marcha. Garrett, presa de extrema ansiedad, pudo verlo atravesar el portillo (cerca del cual él estaba oculto) conducido por el sirviente y sin Eldred en su interior; dedujo que Eldred lo seguía a pie. Acechó desde atrás del elevado seto que había junto al portillo que conducía al camino y vio pasar esa enjuta silueta, que

se apresuraba con el paquete debajo del brazo, mientras hurgaba en los bolsillos. Al cruzar el portillo, algo se le cayó sobre la hierba, pero con un sonido tan leve que Eldred no lo advirtió. Garrett aguardó un instante, cruzó el portillo, saltó al camino y lo recogió: una caja de fósforos. Eldred avanzaba y, entretanto, sus brazos hacían apresurados movimientos difíciles de interpretar a la sombra de los árboles que custodiaban el camino. Pero Garrett, al seguirlo con cautela, halló las claves de esos movimientos: un trozo de cuerda y la envoltura del paquete colgaban del seto, sin embargo, Eldred había querido arrojarlos por encima.

Ahora Eldred caminaba con lentitud, y era evidente que había abierto el libro y que estaba hojeándolo. Se detuvo, obviamente molesto por la falta de luz. Garrett se deslizó por una abertura y se mantuvo al acecho. Eldred, que escrutaba apresuradamente los alrededores, tomó asiento en un tronco caído junto al camino y acercó el libro a los ojos. Súbitamente lo depositó, aún abierto, sobre las rodillas y hurgó en todos sus bolsillos: la búsqueda, por cierto, fue en vano, lo cual lo enardeció. «Ahora los fósforos te vendrían bien», pensó Garrett. Eldred se había apoderado de una hoja y la arrancaba

cuidadosamente, cuando sucedieron dos cosas. Primero, algo negro pareció caer sobre la hoja blanca y cubrirla, y luego, cuando el asombrado Eldred se volvió para mirar a sus espaldas, una pequeña forma oscura pareció irrumpir en la penumbra, con dos brazos que tendieron un manto de tinieblas sobre el rostro de Eldred, cubriéndole la cabeza y el cuello. Aunque este agitaba las piernas y los brazos con frenesí, no se oyó sonido alguno. Luego se interrumpió todo movimiento. Eldred estaba solo. Había caído detrás del tronco. El libro yacía sobre el camino. Garrett, disipadas su furia y suspicacia al presenciar una lucha tan espantosa, salió y pidió ayuda a gritos, y también lo hizo, para su enorme alivio, un labriego que surgió de un predio vecino. Ambos se inclinaron sobre Eldred y lo examinaron, pero de nada valía, pues estaba indudablemente muerto.

—¡Pobre hombre! —Le dijo Garrett al labriego—. ¿Qué cree usted que le pasó?

—Yo no estaba ni a doscientas yardas —dijo el hombre—, cuando vi que Mr. Eldred se ponía a leer su libro, y me parece que tuvo algún ataque… se le ennegreció la cara.

—Exacto —dijo Garrett—. ¿No vio a nadie cerca de él? ¿No habrá sido homicidio?

—No es posible… Nadie pudo huir sin que usted o yo lo viéramos.

—Eso es lo que pensé. Bueno, pidamos ayuda. Llamemos al médico y a la policía; y será mejor que les dé a ellos este libro.

Era obvio que el caso exigía una investigación, y también que Garrett debería permanecer en Bretfield para prestar declaración. La pericia médica demostró que, si bien se había hallado un poco de polvo negro en el rostro y la boca del occiso, la causa de su muerte no era la asfixia, sino un ataque a su débil corazón. Surgió el libro fatídico, un respetable in-quarto impreso totalmente en hebreo, y cuyo aspecto difícilmente apasionaría ni siquiera a los más entusiastas.

—Dice usted, Mr. Garrett, que el occiso, en el momento previo a su ataque, parecía querer arrancar una hoja de este libro.

—Sí; creo que una de las guardas.

—Una de ellas está parcialmente desgarrada. Está escrita en hebreo. ¿Quiere inspeccionarla, por favor?

—También hay tres nombres en inglés, señor, y una fecha. Pero lamento declarar que no sé leer los caracteres.

—Gracias. Los nombres parecen firmas. Son: John Rant, Walter Gibson y James Frost, y la fecha es 20 de julio de 1875. ¿Conoce alguien estos nombres?

El párroco, que se hallaba presente, declaró que el tío del occiso, a quien este había heredado, se llamaba Rant.

Cuando le alcanzaron el libro, meneó la cabeza con asombro.

—Pero esto no se parece al hebreo que yo aprendí.

—¿Está usted seguro de que es hebreo?

—¿Qué? Sí… supongo… No, querido señor, tiene usted razón…, es decir, su sugerencia es muy acertada. Por supuesto… no es hebreo, de ningún modo. Es inglés, y se trata de un testamento.

Llevó pocos minutos comprobar que se trataba, para mayor precisión, del testamento del Dr. John Rant, que cedía la totalidad de sus bienes, cuyo último poseedor había sido John Eldred, a Mrs. Mary Simpson. Semejante documento justificaba, por cierto, la conmoción sufrida por Mr. Eldred. En cuanto a la mutilación parcial de esa hoja, el fiscal señaló que no tenía mayor sentido demorarse en especulaciones cuya exactitud jamás podría comprobarse.

El Tratado Middoth, naturalmente, pasó a manos del fiscal para ulteriores investigaciones, y Mr. Garrett le explicó, en forma privada, la historia y los hechos según sus propios conocimientos e inferencias.

Regresó a su trabajo al día siguiente, y mientras se dirigía a la estación pasó frente al sitio donde había muerto Mr. Eldred. No hubiera podido irse sin contemplarlo una vez más, aunque al recordar lo que había visto no pudo evitar, aun en esa mañana diáfana, un brusco estremecimiento. Caminó, no sin recelos, detrás del tronco caído. Vio algo oscuro que por un instante lo sobresaltó, pero comprobó que apenas se movía. Miró más de cerca y advirtió que se trataba de una espesa y sombría masa de telarañas; y,

en cuanto la rozó cautelosamente con su bastón, varias enormes arañas surgieron y se perdieron en la hierba.

No requiere mayor imaginación conjeturar los pasos seguidos por William Garrett, desde su empleo en una gran biblioteca hasta su actual situación como futuro propietario de Bretfield Manor, hoy propiedad de su suegra, Mrs. Mary Simpson.

“Solo al final de estas páginas revelaré al lector la forma en que estos papeles –a partir de los cuales pude elaborar un relato coherente– llegaron a mis manos...

Colección
Lima Lee

